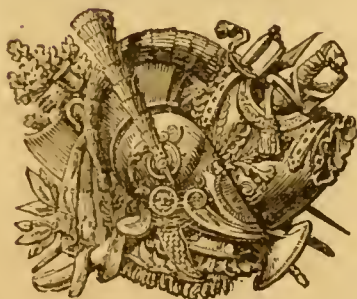


EL ESCUDO DE BARCELONA.

DRAMA EN PROSA Y EN CINCO ACTOS

POR

HUGELMAN GABRIEL.



BARCELONA.

Librería de la Sra. Viuda Mayol, calle de Fernando 7.º núm. 43.

1853. 2

Al M. I. S.

D. JOSÉ BERTRAN Y ROS

Alcalde corregidor de Barcelona.

Consagra esta ofrenda y tributo su
respetuoso servidor

Hugelmau Gabriel.

TÍTULO DE LOS ACTOS.

ACTO PRIMERO.—El mendigo.
 Id. segundo. . . . —El escudo sin armas.
 Id. tercero. . . . —Balduino.
 Id. cuarto. . . . —Winidilda.
 Id. quinto. . . . —El escudo con armas.

PERSONAJES.

El Emperador Carlos el Calvo.	El médico del Emperador (<i>judío</i> .)	Nobles catalanes. — Condes y señores del Imperio. —
Balduino, conde de Flandes.	Alemany.	Sacerdotes. — Soldados catalanes
Wifredo, conde de Barcelona.	Berenguer.	y del Imperio.
Winidilda hija, del Emperador.	Brutoald.	
Albertini, secretario confidente de Balduino.	Luduvig.	Condes del Imperio.

ACTO PRIMERO.

El Mendigo.

La escena representa el patio del castillo Carolingio de Balduino conde de Flandes.—A derecha ó izquierda, los edificios de que se compone dicho castillo: torres macizas, puertas reforzadas, ventanas sombrías y con rejas de hierro: en una de dichas ventanas se ven algunas flores cuyas hojas caídas sobre la muralla negra parecen que lloran sobre la misma.—Del patio parte una larga escalera que se pierde á la vista: un parapeto ocupa el fondo en que se ven grandes árboles cuya existencia data de años.—En el horizonte, el azul del cielo del Norte.—Sobre una de las torres, cuya cuna cuadrada se divisa, hay un enano de guardia, colgando de su cintura una trompeta.—En la cima de esta torre ondea la bandera condal. Al levantarse el telon vése la escena ocupada por grupos de cazadores armados de venablos y cuchillos de monte; junto la escalera, validos y guardias; los unos tienen sujetos á algunos perros de trailla, y los otros guardan los cascos y las trompetas.—En primer lugar del proscenio, y hácia la izquierda Balduino y Albertini, están conversando con los cazadores de mayor edad.—En medio de la escena está el grupo principal, compuesto de jóvenes, rodeando á Wifredo.—Todos dirijen sus miradas hácia la puerta de una de las torres de la derecha, junto á la cual están agrupados los halconeros.—Cuadro de costumbres godas.

ESCENA PRIMERA.

Balduino, Albertini, Brutoald, Luduvig, Alemany, Berenguer, Wifredo, Condes, soldados, (luego) Winidilda.

BALD. El noble emperador quiere asustarnos de este modo, porque en la costa han aparecido algunas hordas de salvages que han sa-

queado algunas poblaciones.—Herederlo del nombre de Carlomagno, este debe serle mas que bastante para arrojar á la mar á esos imbeciles que las olas han vomitado.—Sin embargo, le obedeceré...

LUD. Si, noble conde, vos obedecereis como todos nosotros lo haremos; abandonaremos nuestros castillos en los que podemos vivir al-

tamente, orgullosos por nuestro poder, para irnos á alguna playa, cuya posesion no interesa al imperio, donde en vano azotaremos los hijares de nuestros briosos corceles dirijiéndolos contra esos hombres desnudos que para rechazar los certeros golpes de nuestras espadas, no cuentan con otras armas que piedras y guijarros.

ALB. Señores, yo no soy sino un pobre hombre de letras, no tengo pues derecho á esponer mis razones; sin embargo me permitireis que os diga: que un solo hombre, por mas que sea emperador, ningun derecho tiene para imponer su voluntad á los demas hombres, cuando su esijencia les parece una locura.

BALD. (*Con severidad*). Albertini!

ALB. (*Con timidez*). Callaré, noble conde.

LUD. Balduino, ¿como es que le interrumpes? — Al cabo y al fin, tu secretario habla muy bien, y á la verdad ignoro que és lo que nos forzaria á obedecer al emperador, si estaba loco.... Pero ¿qué hacer entonces?...

ALB. Luis el simple fué destronado....

BROT. Y bien, ¿qué quieres decir con esto?

ALB. Nada; es una mera reflexion que hacia.

BALD. Vamos, vamos, queridos condes, no habeis venido aquí para hablar de los normandos y del emperador, sino para cazar hasta el anochecer, entre el rauidoso y palpitante sonido de las trompetas. — A la hora de comer, hablaremos si gustais, de las órdenes imperiales. — Wifredo, ¿que és lo que estás aguardando para dar la señal de partir?

WIF. (*A los jóvenes que le rodean*). Estoy muy satisfecho de oiros hablar como yo, amigos míos. Yo no soy mas que el hijo adoptivo del conde de Flandes; mi hermana y yo ignoramos completamente nuestro origen, y solo sabemos que es noble la sangre que corre por nuestras venas. Y á la verdad, aun esto ignoraria sino porque al recibir la noticia de este llamamiento imperial, lo he reconocido en seguida en este sentimiento de alegría que ha hecho brotar súbitamente en mi corazon. Cuando hace ya dos años que me siento con el valor de un hombre, y que cada dia voy corriendo por estos bosques en busca de un feliz encuentro donde pueda desplegar mis fuerzas, tengo para mí que ha de ser mas fácil y mas noble

morir en un campo de batalla que en un bosque. Mil veces he importonado á mi protector, suplicándole que me deje probar mi espada acompañando á algun guerrero; pero siempre me ha contestado que era imposible porque estabamos muy lejos de tener guerra con nadie. Pues vamos á ver ahora que me contesta, ahora que estando para comenzar la guerra, es regular que se me permita probar mi espada en compañía de algun guerrero, y crearme un nombre, ya que ignoro cual sea el mio. (*Al Balduino, quien le ha escuchado con torvo ceño*.) ¿No es verdad, noble conde, que me lo permitireis?

BALD. ¿Qué estáis aguardando para partir, Wifredo? — Todos los cazadores están reunidos ya....

WIF. Aguardo á mi hermana, noble conde, á mi adorada Winidilda.

BALD. (*ap. con sentimiento*). ¡Su adorada hermana!

WIF. Pero decidme, ¿no es verdad que me permitireis salir al campo de batalla en defensa del imperio?

BALD. El imperio no necesita que vos le defendais.

WIF. ¡Quien sabe!

BALD. Presuncion, niñeria....

WIF. Por lo demás, noble conde, si el imperio no necesita de mí para salvarse del peligro que le amenaza, yo necesito defender el imperio para crearme un título entre los valientes.

LOS JOVENES. Bravo, bravo, Wifredo.

BALD. (*A los que le rodean*). La juventud del dia es loca!...

WIF. La juventud suspira por la gloria.

BALD. Bastante le honra ya la de sus abuelos.

WIF. Pero el joven que no conoce los suyos, el joven que ni siquiera tiene nombre?....

BALD. (*con dureza*). Este debe estar mas que satisfecho por haber encontrado un protector, un segundo padre, cuando hubiera tenido que contarse con ser esclavo.

WIF. Esclavo!.. Oh! bien caro me haceis pagar el beneficio que me habeis hecho... Nada, nada mas quiero de hoy en adelante, sino esta espada que conservo, y que os volveré un dia bastante gloriosa para pagar con usura

vuestra hospitalidad!.. Conde Balduino, os mando que me dejéis partir.

BALD. Insolente!..

LOS JÓVENES. Wifredo, Wifredo....

ALB. (*bajo á Balduino*). Conde, olvidáis....

BALD. (*bajo á Albertini, interrump.*) Tienes razon, mil gracias....

WINID. (*que se aparece en el umbral de la torre, y en traje de caza.*) ¿Qué es esto? ¿Qué son esos gritos?

WIF. (*corriendo hacia ella y en tono sentimental.*) Hermana mia! — ¡Winidilda! — ¿no es verdad que no he nacido para ser esclavo?

WINID. (*lanzando una mirada de orgullo sobre todos los demás.*) Esclavo! — ¿Tú, hermano mio?... ¿y quien se ha atrevido á proferir semejante injuria?

BALD. Nadie... Preciso es que Wifredo sea un niño por haberme creído un solo momento capaz de echarle en cara una adopción con que me envanezco. Tomo por testigos á esos señores de que le amo como á un hijo mio, y que despues de mí, Wifredo es el único señor en todos mis dominios.

WINID. ¿Oyes, Wifredo?

WIF. Querida hermana, un rayo de sol que se abra paso entre apiñados nubarrones, no borra la funesta impresion ocasionada por la tempestad.

BALD. Tan jóven, y ya sabeis alimentar un odio concentrado?

WIF. Si, lo tengo y lo tendré contrá cualquiera que se oponga á mis planes.... No hablo por vos, noble conde, no; vos me dejareis partir, ¿no es verdad? (*Oyese el sonido ruidoso de las trompetas.*)

BALD. (*dirijiéndose á los demás.*) A la caza! á la caza! Los sabuesos están impacientes!

WIF. Winidilda, ¿no lo ves? ¡no me contesta!

WINID. Es que todavía no es hora de realizar tus planes, hermano mio.... tranquilízate: cuando llegue el dia....

WIF. (*interrumpiendo.*) Este dia ha llegado ya!

BALD. Wifredo, os están aguardando.

WIF. Vamos, Winidilda. (*Le dá el brazo.*) Señores, a la caza. (*Baja la escalera, acompañando todos los demás al ruidoso sonido de las trompetas.*)

BRUT. Balduino, ¿como és que no venis?

BALD. Noble conde, antes que vos llegaseis, lo he advertido á nuestros amigos; tengo que trabajar con mi secretario.

BRUT. ¡Que el Santo Espiritu os ilumine!

ESCENA II.

Albertini, Balduino.

BALD. Al fin han partido ya. Dejemos alejarse un tanto ese atronador ruido de las trompetas, y hablemos seriamente. Albertini. Nunca he necesitado mas de vuestros consejos.

ALB. Bien sabeis que en cuerpo y alma estoy á vuestra disposicion, noble conde.

BALD. No ignoro á la verdad que del precario estado de mendigo te he elevado hasta el punto de honrarte con mi amistad; pero sé tambien que te debo cuantos conocimientos poseo. Pero en fin, ya ves mi situacion: el emperador me llama, Wifredo suspira por los honores y por la gloria: Winidilda no ha comprendido nada todavía....

ALB. ¿No os acordais de los consejos que os he dado siempre?

BALD. ¿Qué? — ¿Wifredo acaso?

ALB. De los muertos nunca hay que temer.

BALD. ¿Y el emperador?

ALB. Un secreto imperial tarde ó temprano conduce á la muerte á quien lo posee, ó bien le eleva hasta el poder.

BALD. Pero Winidilda?...

ALB. He aqui el único obstáculo que hay.... El amor lo estorba todo.... Pero, noble conde, vos no debeis amar de todo corazon á esa jóven.

BALD. Despues de haberla protejido y tenido en mi compañía desde que nació hasta su adolescencia, desprenderme de ella por siempre mas,... ¡Ah! imposible, Albertini, esto seria....

ALB. (*interrumpiendo*) Y quien os dice que os desprendais de ella?

BALD. Pues no dices....

ALB. Lo que digo es que no es necesario que la ameis.

BALD. Pero ahora, cuando ya no hay que contar con el pasado, ¿que podemos hacer?

ALB. Lo mismo.

BALD. Qué?

ALB. Tener sujeta á la jóven....

BALD. Ya estaba pensando en ello.

ALB. Hacer uso del secreto del emperador para hacerse su igual, y colocar un médico en compañía de él para impedirle que un día pueda prescindir de vuestros servicios.

BALD. Tienes razón.

ALB. Enviar á Wifredo á Barcelona revelándole antes su nacimiento, pero mandando de antemano una carta al conde Salomon que nos asegure la muerte de aquel.

BALD. Lo haré.

ALB. La ausencia de Wifredo os hace dueño de su pretendida hermana.

BALD. Mañana partirá Wifredo, vamos á escribir á Salomon.

ALB. Pero quien irá á llevar esta carta?

BALD. Tú mismo.

ALB. Vamos pues. Y procurad otra vez tener mas presentes mis lecciones: cuando se quiere acertar el tiro, es preciso no alterarse. (*Dirigese hacia la izquierda.*)

BALD. (*aparte.*) La vívora se vá volviendo orgullosa. Pero no importa, algun dia será mas fuerte que ella.

ALB. (*volviéndose á Balduino*). ¿Noble conde?

BALD. Vamos, vamos, (*vanse por la izquierda.*)

ESCENA III.

(*Un mendigo apoyándose en un palo sube poco á poco las gradas de la grande escalera.*)

EL ENANO DE LA TORRE. ¡Atrás, mendigo, atrás!... ¿donde están los guardias del noble conde?

MEND. Soy un pobre falto de asilo; vengo á pedir hospitalidad al señor....

ENAN. ¡Atrás! — (*Albertini se asoma á una ventana con rejas que está á la izquierda.*)

MEND. Estoy cansado... (*reparando en Albertini.*) Generoso señor, ¿no es verdad que no me dejareis partir sin permitirme descansar un poco?

ALB. (*desde la ventana.*) Os equivocais; yo no soy aquí el dueño; sin embargo en nombre suyo os permito descansar en la escalera, hasta tanto que vuelvan los de la caza. Sobre todo, silencio.

MEND. (*á Albertini que se ha retirado.*) Dios

os lo recompense y la Virgen María os proteja. (*Solo y enderezándose.*) No, tu no eres el conde de Flandes; la dulzura de tu voz descubre que eres un italiano.... El no podía reconocerme.... Hubiera sucedido por lo mismo con Balduino?.... ¡Ah! que importa por lo demás que me haga aclamar con mas ó menos prontitud por sus hombres de armas, si no me prepara el camino de mi capital, desde donde espero volar al encuentro de los bárbaros?.. Triste Germania! Tus hijos han dejenerado ya de su antiguo valor!— Acabo de recorrer casi todos los castillos.... Y cabalmente ahora las hordas normandas, mas audaces cada dia, no se contentan ya con invadir las costas, sino que penetran en el centro de las tierras; y mañana, ¡oh! quizás mañana habrán conquistado el imperio... ¡Los hijos del sud tambien los veo regalados y cobardes como los del Norte!.. Salomon no quiere dejar á Barcelona; pero su negativa le costará cara; si, le costará la corona condal que he tenido la debilidad, ó mejor, la injusticia de conservar sobre su frente en perjuicio de Wifredo á cuyo padre asesiné!... Digno castigo de mi egoísmo!... Cuando tiempo atrás vine á abrazar secretamente á mi hija, á mi hija que todos toman por mi sobrina, vi á ese jóven, que cree ser su hermano, dirigir á Winidilda tiernas miradas, miradas que revelan la esperanza de una eternidad de dichas.... Sabe Dios que no habia venido con ánimo de revelarles su origen, pero al verles tan dichosos con su amor oculto bajo el velo de una amistad fraternal, yo que conozco á fondo lo que pesa en la frente una corona, partí sin decirles nada. Pero ahora les hablaré; ahora sabrá Wifredo que es el conde de unas de las mas bellas ciudades de Cataluña, y sabrá tambien que tiene un padre á quien vengar.... Si cumple con su deber, será el esposo de mi hija.—No quisiera á la verdad decirselo yo mismo; pensaría en las necesidades del imperio, y tal vez no se creería protegido sino porque le es útil.... Cuanto mejor fuera que una muger le revelase este secreto!... Dios mio! no me alijais mas.... ¡mi hija! ¡mi hija es quien sube por la escalera! ¡Oh! reprímete corazón mio, no te rebelés.—(*Sientase en tierra y parece dormido.*)

ESCENA IV.

Winidilda, El mendigo.

WINID. (*Volviendose y mirando á lo lejos.*) Al fin he podido escaparme como deseaba; él no me ha seguido.... Pobre Wifredo! ni siquiera ha advertido la mirada que le ha lanzado el conde. No sé, pero me parece que esta mirada no respiraba mas que ódio y cólera.... ¡Oh! yo tengo la culpa, lo siento vivamente: no se porqué, siendo así que todo lo debo al conde Balduino, mi corazon no tiene mas que sentimientos de aversion hácia él.... Veamos si ahora salgo con la mia: quiero que el conde perdone á Wifredo; quiero que le deje partir á la guerra: es verdad que quedaré muy triste en este castillo, lejos de una persona que me ama tanto; nadie vendrá entonces á ayudarme todos los dias á cuidar de mis flores.... Oh! si, estaré muy triste; pero, ¿que importa mi tristeza? esto no seria mas que amar á una persona para sí. Vaya Wifredo enhorabuena á conquistar la gloria; le amaré verdaderamente como á un hermano, si sacrificio á su gloria la felicidad de que en su compañía disfruto.

MEND. Hermosa jóven!

WINID. Santo cielo! un hombre aqui....

MEND. ¡Por la Virgen! no griteis.... Soy un infeliz mendigo, me han hecho el favor de dejarme descansar aqui, y si gritabais me harian salir sin demora.

WINID. ¡Pobre hombre!.... Descansad enhorabuena y rogad por mi hermano Wifredo.

MEND. Hermosa jóven! ¿tanto le amais á vuestro hermano?

WINID. Como que es el único que conozco de mi familia....

MEND. Yo queria tambien rogar por vuestro padre.

WINID. ¡Mi padre! ¡Oh! nunca le he conocido.

MEND. (*ap.*) Pobre niña!

WINID. (*haciendo que se va.*) Dios os guarde, buen anciano.

MEND. (*con fuerza.*) Aguardad, aguardad... (*Cambiando de tono.*) Dispensadme, noble señora, dispensadme. Quisiera corresponder dignamente á vuestra bondad; pero yo nada poseo, nada absolutamente sino la ciencia del porvenir y del pasado.

WINID. ¿El porvenir?

MEND. Si me hacedis el favor de alargarme vuestra mano, os diré muchas cosas que ignorais, y que os habrán de gustar infinito.

WINID. ¿Mi mano?.... tomadla! (*se la alarga.*)

MEND. Noble señora, algun dia conoceréis á vuestro padre, á vuestro padre que vive todavía.

WINID. ¿Mi padre?.... oh! no; me engañais: habria ya venido.

MEND. Y ha venido ya.

WINID. Imposible, os engañais. En este castillo no he visto mas que á los señores vecinos de aqui, y ninguno de ellos es mi padre.

MEND. (*con dolor.*) Ya veo que no os acordais de los que os besan en la frente.

WINID. Si, si, me acuerdo.... Hara cosa de tres años.... Un hombre.... un hombre que me pareció ser noble y valiente, me dió un beso.—Necia de mí! estaba ya para creer que era mi padre y el de Wifredo.... pero mi ilusion fué momentánea, en todo el castillo se le aclamaba emperador del Occidente; por consiguiente el desconocido no pertenecia á mi familia.

MEND. ¡Y bien! Por esta limosna que vuestra mano blanca ha dejado caer sobre la mia, os juro que no llegará la noche sin que hayais recibido en la frente un beso de vuestro padre, como recibisteis el del emperador. Pero juradme por el amor que profesarle debéis, que al estrecharle en vuestros brazos, no le llamareis con el dulce nonbre de padre.

WINID. ¡Oh! vos no sois un mendigo... Sabéis mas de lo que aparentais.... Decidme, decidme la verdad,—decidmela, y rebosando en alegría correré á participarla á Wifredo asi que vuelva.

MEND. Wifredo no es vuestro hermano.

WINID. ¿Wifredo no es mi hermano?.... ¡Ah! ¿seria posible? ¡Hablad, hablad, os lo repito, no sois lo que aparentais, vos no sois un mendigo.

MEND. Yo soy.... pero ¿no ois? el sonido de una trompeta....

WINID. La de Wifredo.... Ya está de vuelta; habrá notado que yo habia desaparecido.

MEND. Partid, no perdais un momento... Si, es verdad, yo no soy ningun mendigo: en este momento no puedo deciros quien soy; pero os

diré quien es Wifredo. Wifredo es el hijo del conde de Barcelona asesinado por Salomon el aquitano, posesor actual de la capital de Cataluña; Wifredo debe vengar á su padre y conquistar su ciudad, si quiere ser útil al emperador: y ahora que vuestro corazon de joven late por este hombre que ya sabeis no es vuestro hermano, consultad vuestro deber y esponedle el suyo.

WINID. Lo haré.

MEND. Aqui está Wifredo. — Habladle, y que no tema en descubrirse al conde de Flandes; y si este se opusiera á dejarle partir... pero en todo caso yo estaré aquí. (*retírase un poco siguiendo hácia la derecha.*)

WINID. Dios mio! ¿Quien es este hombre? (*Corre hácia Wifredo que sube la escalera.*) ¡Wifredo!

ESCENA V.

Wifredo, Winidilda.

WIF. (*Adelantándose con Winidilda hácia el proscenio.*) Hermana mia! — ¿Como te has separado de tu Wifredo?... Pero, que es esto? ¿que tienes? — tiemblan tus labios.... estás pálida.... Oh! habla, habla, di, ¿qué tienes?

WINID. Estoy pálida; tiemblan mis lábios; sí; es verdad.... pero, dime Wifredo; ¿te acuerdas de lo que me dijiste tiempo atrás? — Sino fueses mi hermana, me decias entonces abrazándome, te amaria asi mismo, y obedecería ciegamente á tus insinuaciones para hacerme digno de ser tu esposo.

WIF. Si, me acuerdo.

WINID. Pues bien; si no fuésemos hermanos....

WIF. ¡Winidilda!

WINID. Si nacidos en diferente pais, te mandase partir enseguida para vengar á un padre asesinado, y reconquistar una gloriosa herencia, ¿qué harías?

WIF. ¿Qué haría, me dices? — Te juraria sobre la cruz de mi espada, hacerme digno de tu corazon: correría á vengar á mi padre, buscaría á su asesino aun cuando estuviera á mil leguas de aqui; iría á conquistar mi herencia, y volvería á postrarme á tus pies para ofrecerte mis tierras y mi corazon.

WINID. Pues escucha, Wifredo,.. Eres conde de Barcelona; eres el hijo de un valiente

asesinado por el que ahora está en posesion de tu condado. Te mando pues que partas, que cumplas con tu deber y vuelvas enseguida aqui á buscarme, si es que entonces cuando hayas recobrado la corona condal, te acuerdas aun de la pobre jóven compañera de tu juventud.

WIF. ¡Conde de Barcelona!.... ¡Vengador de mi padre!.... de mi padre cuya gloriosa historia suspiraba por conocer!.... Oh! entonces.... podré ser útil al imperio.... Pero no; todo esto será un sueño... Winidilda,.. ¿quien te ha dado estas noticias? (*sonido de trompetas.*)

WINID. Los cazadores están de vuelta. Wifredo, en presencia de todos los condes reunidos, insta á Balduino para que te deje partir!

WIF. ¡Un sueño! — Si, esto es un sueño!

WINID. Aqui están todos.... Pero en fin, si acaso me he engañado, si no es verdad que tu seas conde, muéstrate al menos digno de serlo.

ESCENA VI

(*Todos los de la primera escena. El mendigo.*)

ALEM. Vaya, Wifredo, esto si que me sorprende; vuestra conducta es sobremanera extraña; dejarnos asi bruscamente en medio de la caza!

BEREN. Qué terrible jabalí! — Si lo hubierais visto!....

ALEM. Si no conociéramos tu caracter....

BEREN. Pero di, ¿que tienes?

WIF. Nada, nada.... una ilusion.

BALD. (*Saliendo de la torre seguido de Albertini.*) Caza de valientes, caza pronta.... Señores, la mesa está preparada, el viento de la tarde comienza á soplar bastante fresco, retirémonos de aqui, y vámonos á la sala del festin calentada por dos gruesos troncos de encina que están ardiendo en la chimenea.

BRUT. Está muy bien, noble conde, vamos allá.

BALD. ¿Wifredo? ¿Winidilda?

WINID. (*bajo á Wifredo.*) Conde de Barcelona, valor, ya es hora.

WIE. Una palabra, señores; aguardaos un momento.

BAL. ¿Porqué?

WIF. Conde de Flandes, vos me habeis adoptado por hijo; os doy mil gracias.... Pero hasta ahora no me habeis hecho sabedor de mi alto origen. Yo soy el hijo de ese conde de Bar-

ACTO SEGUNDO.

El escudo sin armas.

La capilla del palacio de los condes de Barcelona.—Para la exactitud de esta decoracion consultense de nuevo los restos que existen de dicho momento.—Lujo severo.—En frente del altar decorado para unos funerales, levántase un pequeño catafalco.—La silla condal, los asientos de los barones.—Al levantar el telon una sola lámpara ilumina el fondo.—Son las tres de la mañana.

ESCENA PRIMERA.

Wifredo, Albertini.

(Wifredo está arrodillado sobre el escabel colocado frente la silla condal. — En el primer plano de la escena, está Albertini apoyado en una de las columnas de la capilla; se sonrie y contempla á Wifredo arrodillado).

ALBERTINI (*ap.*) No es lo mejor el ser fuerte; la destreza es lo principal, el todo; por lo que á mi hace prefiero ser serpiente que tigre, prefiero ser Albertini que Salomon ó Balduino. Salomon ha querido oponerse de frente en lugar de derrotarle con traicion, y en justa consecuencia Wifredo se encuentra ya conde de Barcelona: luego despnes de su victoria, corri hácia él con los brazos abiertos y belo aqui sometido á mi voluntad, mas débil que un niño.... Está orando; llora; cree haber perdido á su desposada; cuando llegue la hora de cebar en él nuestra cólera, su muerte se creará efecto de su tristeza.... (*riendo*) Ah! ah! ah!, en esta antigua sala reirme de este modo.... ¡Oh! precisamente debo parecer un ángel del averno haciendo mofa de Dios!...

WIF. ¡Dios mio! — Dios mio! — ¿no os bastan todavia tantos ángeles que en torno de vuestro solio os alaban sin cesar con cánticos armoniosos, que tambien hayais tenido que arrebatarme á Winidilda? Su alma era la mia; y si era, ¡Dios mio! vuestra voluntad, sacar á Winidilda de esta region de lágrimas, debiais á lo menos llevarme á mi tambien á las santas moradas de la inmortalidad!

ALB. (*dirigiéndose hacia Wifredo.*) Noble conde....

WIF. ¡Un hombre aquí! ¡Ah! ¿eres tu?... Dispensame, Albertini, yo ya no soy de este mundo; no reconozco ya á los vivientes.

ALB. El gallo acaba de cantar; son las tres

de la madrugada: vos entrasteis aqui ayer por la mañana á la salida del sol, hora es por consiguiente de que tomeis algun descanso.

WIF. ¡Descanso dices!... ¡descanso! (*Levantándose bruscamente y tomando la mano de Albertini, en compañía del cual se adelanta hacia el proscenio.*) Albertini, estamos en la capilla de los condes de Barcelona, ¿no es verdad? he-nmos venido aqui para arrancar á esta capital del yugo de Salomon el asesino: Balduino te habia enviado en mi compañía para que secundases mis esfuerzos para vengar á mi padre, y sin mas tardar abandoné el castillo del conde de Flandes, preso mi corazon de una pesadilla cruel, de que no bastaba á libertarme el dulce recuerdo de mi hermana. ¿No es verdad todo esto? ¿ó es que estoy soñando tal vez?... Albertini, ... habla, ... desvanece mis dudas....

ALB. Sí, es verdad todo lo que habeis dicho: desde que recibisteis la noticia fatal, el sueño no ha cerrado vuestros párpados.... No es que esteis soñando, Wifredo, nó: estais en Barcelona y en la capilla del palacio de vuestro padre, á quien habeis vengado completamente.

WIF. Siendo así, no es un sueño, es la realidad lo que tortura mi corazon.... Albertini, tú que eres el mas sabio de los sabios, dime, ¿conoces algun medio para vivir en este mundo sin recuerdos, sin deseos, sin necesidad de un corazon, como si estuviera durmiendo ó tendido bajo la losa funeral?

ALB. Vivid en la soledad y orando siempre.

WIF. Entonces dejadme orar.

ALB. Vos sois el conde del santo imperio....

WIF. Es verdad.... pero Albertini, ¿donde está la justicia de Dios?... ¿qué ha hecho la ciudad de Barcelona para que descargando sus furores sobre mí, los descargue tambien sobre mi querida patria? Oh! ciudad noble,

estrella noble; desarmada é indefensa estás: cuando iba á hacer un juramento de conquistar unas armas para mi escudo, mi brazo se ha paralizado.... Albertini, viviré en la soledad; y para desprenderme de todo recuerdo, pasaré los dias rogando á Dios; pero ante todo abdicaré mi corona; iré á arrojarme á los pies del emperador, diré que no puedo hacer nada en favor del imperio y que habiendo perdido á Winidilda, no me queda otra esperanza que la de morir lejos de los hombres.... Dentro de poco vá a amanecer.... Dejame solo un momento, y no vuelvas á entrar hasta la hora de los funerales, en que podrán venir todos los barones que gusten acompañarme en mi dolor!

ALB. Pero no advertís que esta capilla es muy fria?

WIF. ¿Y qué importa que se hiele el cuerpo cuando no hay fuego en el corazon?

ALB. Debierais á lo menos descansar.

WIF. Si me ofrecieses descansar en la tumba....

ALB. ¡Noble conde!

WIF. Déjame.... (*Arrodillase otra vez sobre escabel.*)

ALB. (*ap.*) Ofrecerle la tumba!... La tumba se abre sin ofrecerla!... Vamos á escribir al conde de Flandes....

ESCENA II.

Wifredo (solo.)

¡Vivir en la soledad! Estar siempre orando!... Estoy solo, pruebo de hacer oracion, y mis sufrimientos son mas intensos que nunca. Pero en fin, me siento ya con el valor de un hombre; ninguna fuerza sería bastante para hacer humillar mi frente, ninguna fuerza excepto la de Dios, y la de este hombre que actualmente me domina.... El hombre no viene solo á este mundo.... Cuando un alma, vivificada por el soplo de Dios, lánzase á esta tierra para morar en ella, divídese en dos partes; la una animará el cuerpo de un joven, la otra el de una virgen: cuando una de las dos se apartará de la otra, ésta quedará inhabilitada para todo en este mundo. Pero entonces, ¿no valia mil veces mas que no conquistara esta corona condal, que no se me sometiese ese pueblo á cuya cabeza debo colocarme, y esta

ciudad que he de enriquecer con un escudo?... La debilidad y los sufrimientos de un jefe echian á perder los mejores ejércitos.... Pero no, ya lo he dicho, abdicaré mi corona; pondré en manos del emperador el titulo de mi padre.... mas ¡ah! — ¿y quien vá á reemplazarme?... ¡oh! como yo.... nadie, sin duda nadie; porque no hay brazo alguno que defienda y corone de gloria un país extraño con el ardor con que defendiéndola se conquistan para la patria inmarcesibles laureles.... Vendrá un conde extranjero, y Barcelona, la hermosa ciudad de Barcelona permanecerá en silencio.... El nombre, la ambicion, el deber.... oh! sí, todo esto es grande.... pero y esa parte de mi alma, ese complemento de mi vida que ha volado ya hácia los cielos.... ah! Winidilda me llama, Winidilda me quiere aun.... ¡Oh! mi corazon está devorando amarguras sin cuento.... ¡Vivir solitario! ¡rogar siempre!... Roguemos á Dios, roguemos! *Arrodillase de nuevo. Momentos de silencio. Oyese el toque funeral de las campanas.*) ¡El toque funeral!... En otro tiempo, niños los dos aun, desde la cima de las torres del castillo de Flandes oíamos tambien el sonido de las campanas, su dulce armonía alzábase hasta el cielo, como si fueran ecos emanados de las poblaciones del conde, y nosotros nos complaciamos en esta armonía. Para nosotros, era esto mas encantador que el dulce trinar de las aves en una mañana de primavera, mas que el perfume matinal de las flores, mas que la salida del rubio sol cuyos rayos dorando las crestas de los montes, iluminando la campiña, sembraban por la pradera brillantes sin cuento. Mas ahora, este sonido es para mi el canto de la muerte, canto que difunde por los aires una desgarradora nueva, la muerte de Winidilda!... Pero en fin, llegó la hora de las ceremonias fúnebres; van á entrar mis caballeros catalanes.... no sea que me encuentran de este modo. Vamos, Wifredo, ya no deberás permanecer por mas tiempo aquí; aquí donde como conde de Barcelona vas á verte rodeado de tus barones, que vendrán á hacer rogativas por tu hermana que ya no existe.... Ellos me han felicitado por haber alcanzado la corona, mas si conociesen á fondo la embarazosa situacion del que se constituye cabeza de un pueblo, á buen seguro que no me facilita-

riao. Ya se acercan los sacerdotes! — ¡ Ya vienen! ¡ Oh! ¡ Y yo pensaba estar soñando todavía! (*Cae de rodillas, ocultando su frente entre sus manos, sin descubrirla hasta que el celebrante le dirige alguna pregunta.*)

ESCENA III.

Wifredo, Winidilda, Caballeros, Albertini, heraldos, sacerdotes, Alemany, Berenguer.

(*Entran los sacerdotes seguidos de los señores. Los señores toman asiento detrás de la silla condal. Albertini colócase junto á Wifredo. Winidilda en traje de hombre y cubierta con una capa de color oscuro está apoyada en un pilar.*)

WINID. (*ap.*) ¡ Vive! — vive todavía! ¡ Gracias, Dios mio, mil gracias por tanto favor!.. Pero, á qué vienen e-os cantos, esas antorchas, esa ceremonia fúnebre?

UN SACERDOTE. Noble conde... nos has hecho venir á esta hora para celebrar en esta capilla un funeral para el eterno descanso de una persona que murió hace pocos dias.

WIF. Es verdad, padre.

EL SACER. El clero de tu ciudad ha accedido á tus súplicas, y tus barones y nobleza se han reunido con él para atraer las bendiciones del cielo sobre ti, y para rogar á Dios que reciba en su gloria al alma de la persona por quien lloras.

WIF. Os doy mil gracias á vos, padre mio, y á vuestro clero y á todos cuantos acaban de venir aquí con tan religioso fin. Ahora rogad á Dios que se digne sacarme pronto de este valle de lágrimas.

ALR. ¡ Conde!

WINID. (*ap.*) ¡ Como! — ¿ qué ha dicho? — ¿ Y quién será esta persona por quien llora?

EL SACER. Dios nos libre de hacer semejante súplica, noble conde... En fin, tendreis la bondad de decirnos el nombre, el rango y la edad de esta persona que está descansando en las moradas eternas?

WIF. Si, padre mio, rogad por el alma de una muger, de un ángel...

WINID. (*ap.*) Una muger!... Qué singularidad!

EL SACER. Y esta muger, ¿ cómo se llama?

WILF. Padre, ante la oracion todos los cristianos son iguales... Dispensadme pues si no revelo el nombre de esa muger.

EL SACER. Pero....

WILF. Pues bicu, padre, esta muger se llama (*sollozando*) ¡ oh! rogad, rogad por Winidilda.

WINID. (*descubriéndose.*) ¡ Por mi! (*Arroja su capa y dirígese hácia el altar.*) Padre, Wifredo, se han engañado, vivo aun y te amo.

ALB. (*ap.*) ¡ Estoy perdido!

WILF. (*abrazándola.*) ¡ Winidilda!... Winidilda! Ah! yo estaba soñando!... Padre, haeced apagar esas antorchas, y retirao. Señores, podeis retiraros tambien, pero aguardadme en la sala de armas. Preveo ya sucesos importantes! aqui está el ángel de Barcelona!

ALB. (*ap.*) Bien, muy bien; no ha sospechado de mí!

ESCENA IV.

Winidilda, Wifredo.

WIF. Ya estamos á solas! Dime, dime; eres la misma Winidilda ó una sombra suya?... oh! habla, que yo oiga tu voz y disipa mi ilusion ó cólmame de alegría....

WINID. (*abrazándole.*) ¡ Hermano mio!

WIF. Ah! si, si; eres la misma: Querida Winidilda, ven acá, ven, descansa tu frente sobre mi pecho: ¡ qué feliz soy!... ¡ Esa encantadora hermosura, esa gracia, esos cabellos despidiendo fragancia como en otro tiempo.... ¡ ah! todo, todo me convence de que estoy abrazando á mi inolvidada Winidilda.

WINID. Esa noble presencia, ese pecho que estoy abrazando, esas miradas que se cruzan con las mias, todo me anuncia que eres el mismo Wifredo: oh! el cielo me colma de contento!

WIF. ¿ No es verdad que eres la misma Winidilda?

WINID. ¿ No es verdad que eres mi hermano?

WIF. Si, yo soy Wifredo; Wifredo con quien te desposó el emperador! Wifredo, tu hermano en el pasado, tu esposo en el porvenir!

WINID. Y yo soy Winidilda, aquella jóven á quien todos los dias visitabas allá en la sombría torre, la que te conducia á su ventana adornada con plantas y flores, cuyas hojas de esmeraldas y de plata doblábanse llorando sobre las negras murallas del castillo: aquella

jóven cuyo sonris, cuyas palabras, cuyo corazón, cuya alma en fin, no eran sino un eco del sonris, de las palabras, del corazón y del alma de un jóven á quien llamaba su hermano.

WIF. Pues entonces, ¿á qué vienen esas negras colgaduras, ese catafalco, esos cantos que resonaban aquí?

WINID. ¿A qué me mandó el emperador aquella carta que me sumió en la desesperacion, mientras yo, tranquila en mi retiro, estaba aguardando que volvieses?

WIF. (*sacando un pergamino.*) ¡Ah! ¿qué? ¿habriais recibido acaso una carta semejante á esta?

WINID. (*despues de enterarse.*) ¿Qué misterio es este?... Wifredo, hay traidores en torno del emperador y los tienes tambien en tu compañía.... Es preciso tomar precauciones; un ódio secreto indudablemente nos persigue, y de este ódio nace nuestro doble error. ¿Quién ha remitido esta carta? ¿quién la ha recibido?

WIF. Albertini la ha recibido.

WINID. ¿El italiano? Con que ¿este hombre no estaba en Italia?

WIF. El día que vine á vengar á mi padre, cuando el asesino Salomon cayó exámine al pie de la escalera del palacio, Albertini fué el primero que escitó en favor mio las aclamaciones de la multitud, y en presencia de todos me prestó homenaje doblando su rodilla ante mí!... no sé cómo es que se encontraba aquí.... Desde entonces ha sido mi consejero, mi amigo: una persona conocida es á no tardar una persona amada, cuando uno se encuentra en tierras y entre personas estrañas. Ayer me presentó la carta fatal, y no tuve aliento mas que para ordenarle los preparativos de la ceremonia religiosa que tu presencia ha venido á hacer inútil, vine aquí á llorar y te he encontrado á tí para consolarme.

WINID. No sé porque, pero me lio poco de ese hombre.

WIF. ¿Qué interés puede tener en serme traidor?

WINID. El interés que tiene la serpiente en emponzoñar á cuantos toca. Otro traidor habrá tambien cerca del emperador, porque estas dos cartas están escritas de un mismo puño. Dormida tranquilamente en mis dulces esperanzas, te estaba aguardando á cuarenta leguas de

Aix-la-Chapelle, en un monasterio construido por el gran Carlos; yo contaba los días con una ansiedad que solo conoce el corazón que ama; y pensaba en tí como se piensa en la voz de la persona querida.... Un correo del emperador entra un día en el monasterio cuyo puente se baja; dice que viene con un recado para mí, y este recado, ¡ah! es la noticia de tu muerte!

WIF. ¡Pobre Winidilda!

WINID. ¡Oh! al oír esta nueva quedéme como una estatua; trasladáronme á mi celda, y permaneci tres horas sin sentidos.... Pero cuando volví á la vida, cuando estuve para pensar que ya no te vería mas sobre la tierra, el deseo de verte por vez última se apoderó de mí y galvanizó mi cuerpo; frustré la amable vigilancia de mis hermanas del claustro, y despues de vestirme de este modo, monté sobre un brioso corcel y partí sola....

WIF. Sola.... siendo tan delicada, tan tímida!...

WINID. ¡Delicada! ¡débil! es verdad!.... tú me has conocido perfectamente; pero entonces eras mi hermano; no eras mi desposado! — Acabo de llegar esta noche; las campanas de la ciudad doblaban, marcando toque funeral, y mi primer cuidado fué el de informar de Wifredo.... Pero Wifredo vivia; la carta imperial me habia engañado.... ¡Oh! si entonces me hubieses visto, si hubieses presenciado los esfuerzos que hice para llegar hasta tí, habriais conocido que te amo mas que á mi misma.... En vano instaba una y otra vez, nadie podia verte, y he tenido que aguardar á que amaneciese para entrar en esta capilla, siguiendo á tus barones, gracias á la complacencia de uno de ellos.

WIF. Y yo estaba llorando, mientras tú estabas buscando como verme, y apoyaba mi frente sobre la cincelada silla condal.... ¡Oh! si, será preciso que tome una terrible venganza del que tan vilmente ha engañado al emperador.... Hermana mia, ¡Oh! tú no te apartarás ya de mí, ¿no es verdad?

WINID. Partiremos juntos.

WIF. ¡Partir!

WINID. Pues que ¿has olvidado ya los peligros que amenazan al imperio? Es verdad que los normandos se retiraron un momento, pero

solo para volver con doble audacia que antes.... En el camino por donde vine, eucontré á millares de soldados que se volvian á Aix-la-Chapelle, vivamente deseosos como están de adquirir gloria para sí, y mas vitorias para su patria.

WIF. ¡Victorias para su patria!.. El escudo de Barcelona está todavía sin ocupar, y yo, léjos de todo enemigo á quien presentar batalla campal, no puedo conquistarle armas algunas para grabarlas en su escudo...: ¡Ah! padre mio, os he vengado, sí, pero no acaba aquí mi mision: me habeis legado en herencia el cuidado de ilustrar á Cataluña, y nada he hecho todavía por su gloria.

WINID. Vente conmigo pues, vamos á desengañar al emperador.

WIF. Que mi amor sea mi esperanza en el porvenir. (*Dirigese hácia la puerta de la capilla y grita.*) A mí, catalanes, á mí!

ESCENA V.

Dichos. Barones.

WIF. Vuestro conde despierta hoy para la gloria: Wifredo despues de libertarla del despotismo, sabrá dar á vuestra ciudad las armas que faltan todavía en su escudo, y con las que se ostentará como Reina. El emperador de occidente, Cárlos, el que me encargó salvase vuestra libertad y la corona de mi padre, vé con sumo pesar el imperio invadido por hordas bárbaras, que van sembrando en todas partes la destruccion y la muerte.... Quiero ir en busca de esos bárbaros, y esterminando sus destructoras hordas, coronarme de gloria, y grabar en el escudo de Barcelona unas armas

cuya gloria solo acabará con los siglos: caballeros, ¿estais prontos á seguirme?

TONOS. Sí, noble conde, si.

WIF. No esperaba menos de vuestra caballerosidad: Cataluña nunca será serda al llamamiento de la civilizacion amenazada: Cataluña es hoy la hija de la civilizacion; mañana será su salvaguardia.... Albertini!

ALEMANY. Noble conde, Albertini no está aquí.

WIF. ¿Y eso?

WINID. ¿Ves como es él quien te hacia traicion?

WIF. Pero ¿en dónde está?

ALEM. Apenas salimos juntos de la capilla, cuando en nombre vuestro solicitó que le cujaezasen el mas ligero caballo de vuestras caballerezas; y montando en seguida partió dirigiéndose hácia los Pirineos.

WIF. ¡Ah! tenias razón, Winidilda, ese hombre es sin duda un enemigo nuestro.... Que se le persiga inmediatamente.... Señores, la campaña comienza por una traicion, mas yo os juro que acabará con un triunfo ó con la muerte de vuestro conde.

WINID. ¡Wifredo!

WIF. Dios nos protegerá, Winidilda.... Vámonos en seguida: nobles señores, os juro que antes de un año Barcelona grabará en su escudo unas armas eternamente gloriosas. (*Arrodillase ante el altar; los demás hacen lo mismo.*) Soberano señor, invisible general de los éjercitos cristianos, Espíritu omnipotente, proteged nuestro valor, dad fuerza á nuestros brazos.

ACTO TERCERO.

Balduino.

Sala del palaeio del emperador en Aix-la-Chapelle: á derecha é izquierda ventanas; en el fondo tres puertas grandes á las que se sube por doce gradas á lo ancho de la sala. A la izquierda una mesa. A la derecha una gran silla, bajo un dosel de seda. A la izquierda y en primer lugar una puerta baja.

ESCENA PRIMERA.

Balduino en pié, El emperador sentu do á la derecha.

EMPERADOR. No, Balduino, nó; yo no soy dichoso, y dudo que pueda haber felicidad so-

bre la tierra para un descendiente de Carlomagno. Los grandes generales y los fundadores de los imperios nunca piensan en los que deben sucederles: acostumbbran á sus capitanes á obedecer al individuo mejor que á los prínci-

pios de que dichos gefes son los representantes; y cuando quedan los principios solos, cuando el individuo no existe, los imperios se desmembran y perecen como los que les fundaron. Pero, Balduino, corramos un velo sobre todo esto.... Dime, ¿has recibido alguna noticia de Wifredo ó de Winidilda?... Ya se me figura que no; porque cegado el uno por el orgullo se habrá olvidado de mí, y la otra cubierta con el blanco velo de las vírgenes esquivará todo pensamiento que no sea exclusivamente religioso.

BALDUINO. Augusto emperador, por mi parte solo tengo que repetiros, que tal vez no haya motivos para acusar á Wifredo de orgullo y de olvido. Su alma era generosa, y noble su corazón.... Despues que os digoasteis crearle conde del imperio, partió á libertar á su patria; y por ahora no veo motivo alguno para pensar tan mal de Wifredo.

EMP. Tienes razon en defenderle, Balduino; tal vez ahora esté en camino ya.

BALD. Y aun cuando así no sea, para que necesitais ahora de Wifredo?... No tenemos enemigo alguno que nos moleste; los normandos han huido ya...

EMP. (*sonriendo tristemente.*) ¡ Los normandos han huido!... ¡ ah!... si, es verdad; pero, conde, tambien á veces abandonan las olas una roca aislada que se eleva en las orillas de la mar, sin que por esto quede á cubierto de una bravia tormenta; á no tardar el viento entumeces las aguas, óyese en lontananza un sordo ruido présago de la tempestad, y las olas furiosas, espumosas y bramadoras lánzase otra vez sobre la roca, y en un momento siegan lo que en millares de tormentas habian intentado vanamente: levántala de su asiento y envuelta en blanca espuma húndese en el abismo. Otro tanto harán con el imperio las invasiones de los bárbaros, la cólera de Dios los agita, como agita las encrespadas olas, para cumplir con la amenaza de un castigo desgraciado primero, y olvidado despues por las civilizaciones culpables.

BALD. Pero, vuestros caballeros os acompañarán.

EMP. ¡ Ojalá!... Pero en fin, á lo menos me acompañarás tú, el único que me siguió con sus aguerridas huestes obedeciendo á mi primer llamamiento, el único hombre que conoció mi

momentánea debilidad, el segundo padre de mi hija.... ¡ Oh! ¡ Si á lo menos viniese Winidilda! ¿ Y porqué no ha de venir? ¿ prohibe acaso la religion que una hija abraze á su padre antes de tomar el velo?

BALD. Lo que dice la religion, es que cuanto mayores sean los sacrificios, mas agradables serán á Dios.

EMP. ¡ Ah! pero yo no quiero en Winidilda esta clase de sacrificios.... Ella ama á Wifredo, Balduino, lo sé, le ama; y este amor que brota en nuestro corazón cuando jóvenes todavia, no se olvida jamás.... Ea, Balduino, iremos á ese monasterio.

BALD. Dentro de ocho dias habrá consejo del imperio, y dentro de un mes los obispos celebrarán un sínodo: Como és posible pues que partamos?

EMP. ¡ Siempre con nuevos trabajos!— ¡ nunca un momento de descanso!— ¡ nunca un dia de solaz y de dicha entre familia!... Balduino, cederia la púrpura y mi título de emperador á trueque de recibir un beso de mi hija, aunque tuviera despues que permanecer en la esclavitud: en fin, por esta vez voy á quedarme. Sin embargo partirás tú: vete enseguida, no pierdas tiempo, corre, revienta, si es preciso, mis mejores caballos con tal que llegues y vuelvas con la mayor prontitud; sondearás los mas secretos pensamientos de Winidilda, pero guardate de consentir á nombre mio en ninguno de sus planes.... Y al despedirte la abrazarás.... Wifredo, ¡ cuanto siento tu tardanza.... Pero, ah! Wifredo vendrá.... si.... no lo dudo, vendrá.... Balduino, esplicame una cosa de que casualmente me acuerdo ahora; esas dos firmas en blanco que el otro dia me pediste, ¿ para qué las necesitas?

BALD. La una para poner un escrito en favor del Santo-Padre, y la otra para copiar la carta que dictasteis á vuestro secretario Fausto para apresurar la llegada del conde de Barcelona.

EMP. A ver, pues si me dejas leer esto?

BALD. Ambos escritos partieron ayer por el correo.

EMP. Bueno,.... pero cuidado con que otra vez te permitas enviar una sola letra escrita en nombre mio, sin que yo la haya leído: es cosa que no la perdono á nadie.... ¡ oh! ¡ cuán desgraciado soy!...

BALD. Sean de la clase que fueren vuestras alarmas, sabré haceros ver la falsedad de las causas.

EMP. Yo no temo nada; pero sufro escesivamente....

BALD. Noble emperador, todos los potentados tienen enemigos ocultos, y quizás....

EMP. Ya te he prohibido otra vez hablarme de peligros personales.

BALD. Esos peligros pueden redundar en perjuicio de personas que vos amáis....

EMP. Vela por ellas, pues.... Y á propósito, de doy mil gracias por ese médico judío que me has presentado.... Voyme ahora solo á la sala de armas: al momento estoy aquí. (*Vase por una de las puertas del fondo.*)

ESCENA II.

Balduino.

Favorito del emperador, seguro por Albertini de la muerte prócsima ó á lo menos del silencio de Wifredo;... ¡Tengo el marcótico de Albertini!... Y yo seré el primero en el imperio.... despues del emperador.... ¡Ah! quien sabe!... Los nobles quieren gozar; obedecerán á cualquiera con tal que secunden sus deseos.... veremos, si, veremos.... ahí está Isaac! — Por ahora todo va bien; la fortuna me sonríe!... ¿quien sabe si este judío ha escrito todo lo que he dictado? Estos villanos tienen la dicha de saber escribir en un momento un pergamino entero.... ¡Ah! ¿y quién pediría disputarme mi presa?... Dios, solo Dios.... Pero Dios estoy seguro de que no lo hará; harto tiene que hacer allá arriba....

UN SOLDADO (*entrando con precipitacion.*) ¡Señor Conde!

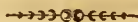
BALD. ¿Qué quieres? ¿Y quién te ha dado permiso para entrar?

SOLD. Un estrangero que á caballo acaba de llegar de un país muy distante, desca veros al momento....

BALD. ¿Os ha dicho como se llama?

SOLD. Si, noble conde, se llama Albertini.

BALD. ¡Qué entre! (*vase el soldado.*) Maldición!... ¡Si será que Dios habrá escuchado mis palabras!...



ESCENA III.

Balduino. Albertini—(entrando por el fondo, sucio de lodo y polvo.)

BALD. Albertini! ¿qué es lo que hay?

ALB. Noble conde, no hay que perder un instante, si quereis conjurar la tempestad: no les adelanto mas que de algunas horas; vienen ya....

BALD. ¿Quiénes son estos que vienen?

ALB. Seguidos de todos los guerreros de Cataluña; antes de un momento estarán aquí!...

BALD. Pero quien? — acaba!

ALB. Wifredo y Winidilda.

BALD. (*asombrado.*) ¿Es cierto?

ALB. Os lo juro.

BALD. ¡Oh! entonces me has hecho traicion! estoy perdido.

ALB. Todavía tenemos tiempo para huir, y vuestras murallas de Flandes son bastante altas.

BALD. ¡Yo, huir!... No soy italiano.... Eres un miserable, Albertini: tú eres la causa de todo esto!...

ALB. ¡Ah! ¡cuán ingrato sois, noble conde... ¿Puedo yo acaso impedir á los vivos que vengan á protestar contra la noticia de su muerte?

BALD. Cómo? qué?...

ALB. Winidilda estaba en Barcelona el dia mismo en que Wifredo hacia celebrar exequias para su eterno descanso.

BALD. ¡Oh! — y cuanto la amaré!

ALB. Me escapé al momento; solo he atravesado las Galias y la mitad de la Alemania para llegar aquí antes que ellos: he tenido que luchar con tantas dificultades, que iban á ganarme la delantera; pero he pasado á nado un rio para llegar aquí antes que nadie.... Ya os decia yo que no convenia amar á esa muger....

BALD. ¡Será mia! — te lo juro! será mia!...

ALB. ¿Y bien, ¿quereis venir?

BALD. Te mando que te quedes. ¿Piensas acaso que voy á sacrificarlo todo con tanta facilidad, sin oponerme aun cuando sea á la misma Providencia? — Yo amo á esa muger, la amo entrañablemente, te lo he dicho mil veces, y el amor debe darme alientos para el mal como á otros se lo dá para el bien. (*Abre*

la puerta pequeña de la izquierda) Entra aquí !

ALB. ¡ Noble conde !...

BALD. Entra !

ALB. (*ap. entrando.*) ¡ Si me habré equivocado !

BALD. (*después de cerrar la puerta dirígese hacia el fondo.*) ¡ A mí ! venid !...

UN SOLD. ! Señor !...

BALD. Pronto , el médico del emperador... (*vase el soldado.*) En el primer momento se helado la sangre en mis venas ; mas ahora que ha vuelto á su curso natural... Veamos si tengo el narcótico... Sí... un rayo de luz ha pasado subitamente por mi frente... El cielo ha creído sin duda salvarlos y me los entrega... Aquí está el médico... Adelante Isaac... Dejados solos.

ESCENA IV.

Balduino , el Médico Judío.

MED. (*doblando la rodilla.*) Vuestra mano , señor...

BALD. Levántate , judío , levántate : algo mas tienes que hacer que besarme la mano.

MED. Estoy á vuestra disposicion.

BALD. ¿ Amas mucho a tu pueblo ?

JUDÍO. ¡ Israel !... ¡ Israel !... ¿ Porqué me estáis siempre atormentado con estas preguntas de si amo á la familia santa ?... oh ! pueblo de Israel !

BALD. Porque en cambio del mal que harás á los cristianos que te señalaré , haré mucho bien á tu pueblo , y te dare mucho oro.

MED. ¡ Oro ! se construye un templo con oro

BALD. Hoy el ángel de la muerte ciérnese ya sobre los cristianos.

MED. Tanto mejor.

BALD. Sea cual fuere la juventud y alcurnia de las víctimas , si se te pregunta acerca la causa de su muerte , dirás que han sucumbido á la fuerza de un veneno... y sobre todo de un veneno lento.

MED. Muy bien ; lo diré...

BALD. ¿ Ya has entendido. Esten ó no de alertargadas las personas que te presenten , dirás que están muertas ?

MED. Lo haré.

BALD. ¿ Me comprendes ?

MED. Sois el favorito del emperador.

BALD. ¡ Y bien !...

MEN. Esto me hasta. (*ruido y sonidos de clarín.*)

BALD. ¡ Ola ! ¡ clarines ! ¡ gritos de alegría !... Ya vienen... corazón mio , sé duro como el mármol... Judío , si es verdad que no amas á los cristianos , regocijate ; regocijate. (*Dirígese hacia el fondo y parece escuchar con ansiedad.*)

MEN. (*ap.*) Me dará oro para hacer daño á los que creen en su Dios ! ¡ Infame ! Toda esta raza de hijos del Mesias tienen igual carácter... ¡ Paciencia ! ¡ Paciencia ! Algun dia compraremos á Jerusalem con el precio de sus pasiones saciadas.

ESCENA V.

El médico , Balduino , El emperador , toda la corte.

EMP. (*Entrando precipitadamente.*) ¡ Balduino ! ¡ Balduino ! — Soy profeta !... Te he dicho que vendría , y hete aquí que viene , y viene con ella !... Alégrate , mi antiguo amigo , alégrate !

BALD. ¿ ifredo y inidilda vienen ?

EMP. Te digo que sí ; y aun mas , ya están aquí.

BALD. (*adelantándose con el emperador hacia el proscenio.*) Augusto emperador , la llegada de estos dos jóvenes va á descubrir algun sombrío misterio que temo sondear ya... Vos tenéis poderosos enemigos ; están aquí tal vez... No dejéis pues á nuestros jóvenes que os digan delante de todos lo que tendrán que comunicaros.

EMP. Tienes razon , nos quedaremos solos con ellos.

BALD. Pero vos tendréis que hacer con el legado del papa que vá á partir antes de una hora.

EMP. ¡ El imperio ! ¡ siempre el imperio !... Pero bien , me aguardarás aquí , hasta que yo me haya despachado de dicho legado.

BALD. (*ap.*) Al fin , hoy por vez primera me parece que el legado del Papa puede servir para algo. (*Abrense las puertas del fondo salen Wifredo y Winidilda seguidos de caballeros catalanes. Winidilda con el traje y velo de religiosa.*)

EMP. (*Corriendo hacia ellos.*) ¡ Oh !... Winidilda... hija mía !...

BALD. (*deteniéndole.*) Augusto emperador , el Occidente os mira.

ESCENA VI.

Dichos. *Wifredo, Winidilda. La corte catalana.*

WIF. (*dando la mano á Winidilda acercándose al emperador y caen los dos de rodillas. Cesar, Emperador de Occidente, Augusta Magestad, pedimoste postrados á tus plantas, que nos dispenses por habernos presentado así los dos á tu presencia: dentro de poco sabrás el misterio que motiva nuestra venida, y no te pesará de que sin perder horas hayamos acudido á postrarnos á tus plantas.*)

EMP. Levantaos, venid á mis brazos!... No es hora todavía de que yo sepa lo que por tanto tiempo os ha tenido separados el uno del otro, y porque motivo no he podido disfrutar de vuestra amable presencia. Otra cosa quiero saber inmediatamente, Wifredo! Dime, ¿qué gracia solicitarás del Emperador, cuando en los gloriosos campos de batalla que os esperan, esos generosos caballeros que te siguen habrán mezclado su sangre con la tuya?

WIF. Para mi os pediré sola una gracia, la mano de esta jóven, de este ángel humano cuya frente ha cubierto el velo de las vírgenes.... Para mis caballeros, para mi ciudad, os pido un blason que pueda ser mas adelante una garantía del valor y del patriotismo de sus hijos.

EMP. Wifredo, verás cumplidos tus deseos. Y tú, querida Winidilda, no me pides gracia alguna?

WINID. Con vuestra gloria y la de Wifredo quedaré mas que satisfecha.

EMP. ¡Ah! si supieras cuanto te amo, hija de mi corazon! Deja, deja que á solas pueda hablarte con mas desahogo; déjame conocer al momento el misterio que motiva vuestra venida!...

BALD. Augusto emperador, el legado del Papa os está aguardando.

EMP. (*separándose de Winidilda con pesar.*) Allá voy!... Hija mia, deja que en despedida imprima un beso sobre tu frente.... quedaos los dos aquí con Balduino á quien no habeis saludado todavía: váya, si que sois poco reconocidos!... Vuelvo en seguida y me lo explicareis todo... Interin, descansad y refrescareis bebiendo dulces licores. Conde de Flandes, á ti te los confío. Alemanes y Catalanés, caballeros todos, venid conmigo. (*Mirando con atencion á*

Wifredo y á Winidilda.) Pero, queridos míos, estais los dos muy pálidos! ¿os encontrais quizás indispuestos?

WIF. No tal, augusto emperador; todo esto no es mas que el natural efecto de un largo y precipitado viage.

EMP. Entonces, descansad... Vámonos. (*Vase seguido de la corte y de los catalanes; jóvenes esclavos traen frutas y refrescos, Balduino permanece junto á la mesa. Wifredo acompaña á Winidilda á la silla de la derecha.*)

ESCENA VII.

Balduino, Wifredo, Winidilda.

WIF. Siéntate, Winidilda; este viage te habrá fatigado sin duda.

WINID. No, Wifredo, no; tu sola compañía hace llevaderas todas las incomodidades. Pero no te apartes, quédate á mi lado.

BALD. Conde de Barcelona, hija del emperador, dispensadme que os diga que os olvidais de los tiernos recuerdos de la juventud. Tiene razon el emperador; ya veo que ni una palabra teneis para dirigir á vuestro primer amigo.

WINID. ¡Ah! os juro....

WIF. Perdonad, noble conde; nuestra separacion puede haber influido un tanto en la espresion de nuestros pensamientos; pero no ha podido borrar de nuestra memoria el recuerdo de vuestra pasada hospitalidad: vuestra mano, noble conde!

BALD. Eres valiente y jóven, Wifredo; pero vuélvete junto á Winidilda; quiero hoy volver á tomar mi papel de padre y servir á mis hijos que están cansados.

WIF. Mil gracias, noble conde. A mas de que siento en mi frente un fuego que la abraza; y estaré mejor sentado.... en especial junto á Winidilda.

BALD. Está muy bien.

WINID. ¡Wifredo mio! al fin hemos terminado hoy nuestro viage; aguardemos un momento, y el emperador lo sabrá todo, y nos librará de nuestros enemigos y vengará nuestras pasadas pesadumbres.

BALD. (*ap. vertiendo el narcótico.*) El emperador ya no les oirá hablar mas.

WIF. ¡Oh! no hables de pesares, Winidilda. Cuando un cielo de dichas parece que se nos prepara, ¿á qué viene recordar las pena-

lidades pasadas? — Esquiva tan fúnebres recuerdos, mi pecho arde por tí, Winidilda.

BALD. (*presentándoles frutas y dos copas.*) ¿Gustais de estas frutas y de estos refrescantes liciores?

WINID. (*después de beber.*) Muy frío es.

WIF. Venga, venga, (*bebe*) parece que me encuentro mejor.

BALD. (*ap. y volviéndose á la mesa.*) Mientras que ahora Albertini no haya equivocado el frasco del narcótico!

WINID. Esto me hiela el pecho. Wifredo, acércate; dame la mano. Pero, ¿qué es esto? el sueño me domina, ciérranse mis párpados aun sin querer, pero; ah! yo no quiero dormir.... Wifredo! Wifredo!...

WIF. ¡Ángel mio!... ¿qué es esto?... mi vista se anubla! (*probando á levantarse.*) ¡Traición! ¡traición! ¡A mí!... (*cayendo*) ¡Ah! ¡El emperador!...

BALD. Ya duermen.... Veo que Albertini se ha portado como debía. (*Poniendo la mano sobre su pecho.*) Bien dormidos están. Triunfé. (*Corriendo hacia la puerta y grita*): ¡Guardias! ¡Socorro! Corred todos aquí. (*Abrense las puertas, véanse correr guardias en todas direcciones; otros se dirigen hacia Wifredo y Winidilda.*) Ahora, solo me falta saber manifestar la estupidez de la virtud! ¡El emperador! (*Caer de rodillas junto á la puerta de en medio, con los ojos turbados, y los cabellos descompuestos.*)

ESCENA VIII.

Dichos, *El emperador. La corte Alemana y Catalana.*

BALD. ¡Oh! ¡no entreis! ¡no entreis! ¡Maldición, noble emperador: nuestros hijos, orgullo mio y vuestro.... Oh! acaban de caer desvanecidos en mis brazos, habeis venido demasiado tarde á socorrerlos.

EMP. Imposible! (*corriendo hacia ellos.*) ¡Hijos míos!

BALD. (*afectando sumo dolor.*) ¡Maldición! ¡maldición!

EMP. ¡Frios! inmóviles! cuando ahora mismo los ahrazé llenos de vida.... Balduino, ban muerto á mis hijos; Balduino, es preciso que me digas como ha sido esto... ¡Ah! perdona... tú eras tambien su padre, tú.... pero ah! bien puedes comprenderme, la sospecha, el horror,

la desesperacion.... ¡oh! no eres tú solo el maldito! ¡Un médico, que venga un médico! Quizá sea tiempo todavía!

EL MÉDICO (*sahendo de entre la multitud y arrodillándose delante del emperador.*) ¡Noble emperador!

EMP. Te daré tanto oro como pesa mi corona imperial si salvas á estos dos jóvenes!

MED. (*después de reconocerlos.*) Imposible, noble emperador, imposible; no puedo acceder á vuestros deseos.

EMP. ¡Cómo! ¿qué....

MED. Han muerto....

EMP. Pues entonces, me dices de que han muerto ó mando ahorcarte.

MED. De un veneno.

BALD. Augusto emperador, ya os lo dije antes de cometerse este crimen: en todas partes hay gentes infames que persiguen á cuanto amais.

EMP. Pero donde se habrá vertido ese corrosivo? Quizá en las copas.... quizá en este licor!...

MED. Ha sido un veneno que ha obrado lentamente.... si, tan lentamente que solo podia producir efecto hasta después de veinte días que se tomó....

BALD. Augusto emperador, esta bebida se la he presentado yo por orden vuestra; en vuestra misma presencia voy á beber la restante. en descanso de las almas de las dos victimas. (*Llena una copa.*)

EMP. ¡Detente!

BALD. No; dejadme! quisiera morir tambien.... (*Bebe y dejando la copa sobre la mesa después de un gran suspiro dice*:) ¡Ah! pero este vino no parece que cause la muerte....

EMP. Ven á mis brazos, conde de Flandes... Esta mañana pensabas hacerme creer en la felicidad del imperio; ¡cuánto te engañabas! el imperio está condenado en mí, y yo estoy condenado en él. Ven á mis brazos.... Lloremos juntos....

BRUT. Augusto emperador....

EMP. Silencio! si acaso entre los concurrentes está el asesino de estos jóvenes, que me escuche: ruégole encarecidamente que no se olvide de mí y que me evenene; que no tema: los descendientes de Carlomagno tiemblan an-

te la fatalidad, mas no ante el temor... Pero, ¡qué digo! ¿sospechar de vosotros, valientes míos?... ¡Estoy loco.... Vámonos todos á la capilla.... A lo menos, reclinada mi frente sobre el frío marmol del altar, tal vez mitigue el ardor que la está abrasando. Balduino, quédate aquí. Fuiste su guarda cuando meciáse en la cuna; vela sobre ellos en esta fúnebre noche.... ¡Wifredo!.... Winidilda! ¡Ah! vámonos todos....

ESCENA IX

Balduino, Winidilda y Wifredo. Luego Albertini.

BALD. (*después de mirar al emperador hasta perderse de vista.*) Por esta vez, augusto emperador, podrás todavía rogar á Dios por tus hijos; pero yo te juro que no los arrancarás del poder de Balduino.... La virtud es siempre ciega... ya sabia yo que me confiaría el encargo de sepultar estos cadáveres. (*dirigiéndose hacia la puerta baja.*) Veamos que piensa sobre esto mi secretario. (*Llamando.*) Albertini! (*Adelántase otra vez en el proscenio.*) El italiano empieza ya á parecerme inútil; este ensayo me constituye ya señor suyo....

ALB. (*saliendo con precaucion en el umbral de la puerta y hablando á media voz.*) ¿Me habeis llamado, noble conde?

BALD. Sí, mira.

ALB. ¡Muertos los dos!

BALD. ¿Cuántos años tienes?

ALB. Cuarenta y cinco.

BALD. ¡Empiezas á envejecer!

ALB. ¡Y bien! ¿qué quereis decir con esto?

BALD. Nada, ¿crees que esto es la muerte?

ALB. ¿Pues qué?

BALD. La muerte no sería ni la posesion ni la venganza.

ALB. No entiendo, noble conde....

BALD. Mañana el emperador, apoyado en mi brazo, consolado por mis palabras, acompañará á la última morada dos ataúdes vacíos.... Dentro de cinco dias habré dejado ya la capital del Imperio, y estaré otra vez en mi castillo de Flandes.

ALB. Me parece que ya comprendo algo.

BALD. Esta noche partirás con estos dos cuerpos, no cadáveres todavía; al llegar á mi castillo, encierras al uno, cargándole de cadenas, en el mas profundo subterráneo, y en lo mas retirado de mis aposentos dejarás el otro.

ALB. Vos habreis respirado sin duda el mismo aire que yo.

BALD. (*Llorando.*) Déjame solo para desahogar el llanto que me causa la muerte de estos dos jóvenes. Pudiera ser que desde fuera nos escuchasen.

ALB. (*ap. y abriendo la puerta baja.*) Verdaderamente es mas perverso que yo.

BALD. (*ap.*) Decididamente me gana en picardía.

(*Los dos traidores se miran y se echan á reír.*)

ACTO CUARTO.

Winidilda.

Gabinete en el castillo de Balduino, amueblado sin lujo. Toda clase de armas penden de las paredes, cabezas de lobos y osos y pieles de otros animales. Encima de una mesa la armadura del conde, á la izquierda y arimada la de Wifredo. Al lado de la mesa una rica silla de escultura gótica. Al fondo una puerta que se cierra con verja de hierro. En la pared de la izquierda una puerta secreta que conduce á los subterráneos. A la derecha puerta de un gabinete sin salida. Al levantarse el telon no hay nadie en la escena.

ESCENA PRIMERA.

Balduino, Albertini.

BALD. (*quitándose el antifaz.*) Apaga, Albertini, esta lámpara y colócala con los antifaces en su sitio. Después leerás la carta que trajo ayer el mensajero del emperador.

ALB. (*Se quita el antifaz, colócalo con el del conde y la lámpara en un armario abierto en la pared y toma la carta del emperador de encima la mesa.*)

Noble conde, este pergamino trae el gran sello imperial, y quizás sea algun despacho á vos solo dable á conocer.

BALD. (*Sentándose.*) Conocerle! Yo solo... ¡voto á los cuernos del diablo! ¿Pues cómo quieres que me entere de él, cuando, y de ello me glorio, nunca he podido pasar mas allá de las seis primeras letras del alfabeto? Lo que es con nosotros perdió el tiempo el pobre Carlomagno.—Lee, lee, y sobre todo lee aprisa porque estoy harto ya de esta jerga de los secretarios imperiales.

ALB. (*Desdobra el pergamino y se arrodilla para presentárselo á besar al conde.*) La firma autógrafa del emperador Carlos Calvo.

BALD. (*apartándole con el pié.*) ¡Albertini! ¿crees acaso que estamos en Aix-la-Chapelle?

ALB. Conde!...

BALD. Haz cuenta que estamos en nuestro buen castillo de Flandes, guarnecido por hombres á nuestro sueldo, ¿qué importa á nos una firma, mas que sea del emperador?

ALB. (*leyendo.*) A nuestro querido amigo Balduino, conde de Flandes, salud en nombre de Cristo crucificado.

BALD. Ó del diablo! quien sabe...

ALB. (*leyendo.*) Ya sabéis que los bárbaros del norte invaden el imperio, y nos queremos salirles al encuentro acompañado de nuestros fieles condes para rechazarles hasta precipitarlos en el mar que los ha vomitado. Comprendo y respeto vuestra ausencia de nuestra corte despues de las muertes de nuestros queridos Wifredo y adorada Winidilda; pero tratándose de la salvacion de nuestro imperio, vuestro puesto es á nuestro lado en los campos de Bretaña en donde ha de reunirse el ejército. Allí os aguardamos y á vuestras tropas: vuestro estandarte ondeará al lado de la bandera imperial.—Vuestro emperador y soberano señor despues de Dios.—Carlos.

BALD. (*Arrancando la carta de manos de Albertini y haciéndola pedazos.*) Lévese el viento las jeremiadas del Calvo!... ¡los bárbaros del Norte! ¡buena salida! ¿qué me importan á mí los bárbaros del norte? (*dirijese á la ventana.*) Mucho camino tiene que andar antes de llegar al pié de estos muros; y si algun dia han de ser suyos, todavia está bastante lejos para que aguardándole podamos agotar el vino de nuestras bodegas, y las provisiones de nuestros almacenes. Por lo que á nos hace bebamos entretanto: nuestros hijos se las compondrán con ellos.

ALB. Teneis razon, noble conde, pero cuidado que el emperador es poderoso.

BALD. ¿Y no es nada con lo que tenemos con su médico judío?

ALB. No replico, señor, sois un jenio.

BALD. Soy un discipulo que ha logrado aventajar á su maestro, en esto consiste todo.—Dime, Albertini, ¿no seria una necesidad de mi parte ir á esponer mi vida, teniendo como tengo detrás de estas murallas todo aquello que se necesita para hacer feliz á un hombre?—Me podrán hablar de la gloria de la inmortalidad, de la fama, pero que me importa?... Lo que yo sé es que para satisfacer mi ambicion tengo este castillo guardado por gentes, y algunos aventureros catalanes, que solo obedecen á mi voz, y al médico Isaac junto al emperador; para satisfacer mi venganza tengo á Wifredo encadenado en mis subterráneos, y allí, junto á este gabinete, detrás de esta puerta.... En fin.... tú ya me entiendes, y si efectivamente el porvenir se conjura contra mí, me hallo en el caso de poder desaliarlo y misarme de todo.

ALB. Bravo, noble conde, bravo!... vos sois mi orgullo.

BALD. Dame pues los brazos, Albertini, y riamos, riamos un poco como nos reimos al visitar á Wifredo.

ALB. Bien dicho; riamos, riamos del mundo, que no tiene mas que esclavos.

BAL. Ja, ja, riámonos de los esclavos. (*formalizándose de pronto.*) Albertini! á ver, abróchame la cinta de este borcegui.

ALB. (*sonriendo y palideciendo.*) ¿Os chauceais, conde?

BALD. (*amenazándole.*) Abrochadme, os digo, la cinta de este borcegni.

ALB. (*dóblán lose para hacer lo que le manda Balduino.*) Obedezco, conde, obedezco.

BALD. (*doblándole enteramente y apoyando una mano en su cabeza.*) Si, Albertini, si, y ahora riamos, riámonos del mundo que no tiene mas que esclavos.

ALB. (*riendo y ocultando su rabia.*) Sois un admirable filósofo, queridísimo conde.

BALD. No hay tal, ni soy mas, como lo he dicho, que un simple discipulo, que ha salido mas cauto que el maestro. Basta empero de humillacion, levanta y mientras voy á pasar revista de mis guardias, llámame á la espanlada

paloma, á quien no quiero dejar tiempo para llorar á su Wifredo. Tú te encargas de decirlo lo que de sobras conoces, es á saber, que aquí todo me obedece, que mando absoluto desde la última piedra hasta tí, y que á viva fuerza puedo obtener lo que soy bastante bueno para bajarle hasta suplicar. Sobre todo, cuidado que Wifredo ha muerto para ella. En seguida pasarás á tu cuarto, el cuarto de la ciencia, y en el mas fino de nuestros pergaminos contestarás al respetabilísimo emperador, que sentimos vivamente no poder compartir sus peligros, pero que nos encadena á este castillo una tristeza profunda, que al fin y al cabo y poco á poco nos llevará á la tumba.... todo esto harás, maestro.—Vamos, dime, ¿no es verdad que todavía me conservas algun cariño?

ALB. Yo, señor!... os admiro.

BALD. (*dirigiéndose á la puerta.*) Gracias. (*volviendo á Albertini.*) A propósito; estoy pensando en que mientras estas galerias están frias como un diablo, el subterráneo de Wifredo es poco menos que templado. Albertini, á ver como discurre algun nuevo suplicio para martirizar al noble conde de Barcelona. (*váse.*)

ESCENA II.

Albertini, luego Winidilda.

ALB. No, Balduino, no, te engañas cuando crees aventajar á tu maestro; te falta todavía la ciencia del disimulo. Eres la serpiente que yo he nutrido con veneno, pero no temas, no me emponzoñarás con él.—¡Has hecho una injuria á Albertini!—Sus manos italianas no están acostumbradas á abrochar el calzado de conde alguno. Una injuria.... bien: yo encontraré mi revancha. ¡Oh! no se hará esperar mucho. La vívora es mas pequeña que la serpiente, pero puede matarla cuando quiere. Cielo nublado de Flandes, esta misma tarde te abandonaré por el puro cielo de Italia.—No perdamos tiempo.—(*abre la puerta de la derecha.*) Winidilda, Winidilda!... No me responde, llora,.... siempre lo mismo. Winidilda! Princesa! salid en nombre de Wifredo!.... Esta palabra parece haberla arrancado de su estupor: hácia aqui se dirige.—Albertini, has doblado la rodilla cuando venia un ultraje,

bien puedes doblarla ahora que viene la venganza.

WINID. (*pálida y abatida.*) ¡Wifredo!—¿quién ha pronunciado aqui el nombre de Wifredo?

ALB. (*arrodillándose.*) Yo?

WINID. Vos! el cómplice de Balduino! oh! no me engaños, os conozco, sois un infame!

ALB. Princesa!...

WINID. ¿Qué teneis que decirme? ¿Por qué habeis venido á turbar la quietud de mi llanto?

ALB. (*Levantándose.*) Si os he llamado hasta este sitio, ha sido en nombre de Wifredo...

WINID. ¡Wifredo ha muerto!

ALB. Wifredo vive!

WINID. (*tomándole la mano con fuerza.*) ¡Vive! oh! repetidme esta palabra, repetidme que vive, y por la memoria de nuestra cristiana madre, juro perdonaros, Albertini, todo cuanto me habeis hecho sufrir.

ALB. Os repito princesa, que Wifredo vive.

WINID. Balduino me ha jurado lo contrario.

ALB. Balduino os ha engañado.—Escuchad y tratad de comprender lo que voy á deciros en breves palabras.—Wifredo se halla encadenado en un subterráneo que cae debajo de nuestros pies.... ¿observais en la pared una hendidura imperceptible? Por ella se abre la puerta secreta que conduce á la escalera del subterráneo.

WINID. ¡Oh! la llave, la llave de esta puerta.

ALB. La llave de esta puerta abre asimismo las cadenas de Wifredo.

WINID. Mi vida, mi vida entera por esta llave.

ALB. Balduino la lleva constantemente colgada al cuello con un cordon azul. (*dándola un puñal.*) Con este puñal podeis cortar el cordon; pero antes que el cordon es preciso cortar una existencia. Esta lámpara os alumbrará en la sombría escalera. (*alejándose*) Dentro de un momento, estara aquí la causa de todos vuestros males.

WINID. Oid, Albertini ¿qué es lo que yo os debo en cambio de este servicio?

ALB. (*con emocion.*) ¿Que me debeis?

WINID. Sí!

ALB. ¡Mi venganza!—Pero silencio, él viene. Pronto, recostaos en este sillón.

WINID. (*escondiendo el puñal.*) Hoy serás libre, Wifredo!

BALD. (*entrando por el fondo.*) Qué tal, Albertini? ¿vá bien todo?

ALB. Todo, noble conde.

BALD. Déjanos.

ALB. (*con falsa risa.*) ¿Quereis, Señor que antes de irme os apriete de nuevo las cintas del borcegui?

BALD. Vete, loco, vete. Todo lo he olvidado.

ALB. (*ap.*) Monseñor.... yo no.

ESCENA IX.

Winidilda, Balduino.

BALD. (*hablando consigo mismo.*) ¿Por qué será el haberme recordado la pasada escena? Bah! servicial solicitud de los esclavos.—Winidilda está allí: siempre apoyada á la frente en las manos, sin que salga de sus labios una palabra de sumision, sin que pueda horror de su corazon el eterno recuerdo de ese hombre....—Veamos, como se ha portado Albertini. (*acercándose á Winidilda.*)

WINID. (*con voz tranquila.*) ¿Qué me que-
reis?

BALD. Ola!.... ya no llorais.... Bien, muy bien, mi adorada reina.... Estais todavía un poco triste; pero esta tristeza es un nuevo encanto en vos.... ¿Qué es lo que de vos quiero preguntais? os lo habrá dicho ya Albertini.—Decidme, ¿Estais dispuesta á seguir en un todo sus consejos?

WINID. (*ap.*) Si me habrá tendido un lazo Albertini!

BALD. ¿Teneis que pensarlo aun?

WINID. (*levantándose y con firmeza.*) No, nada pienso, y estoy dispuesta á seguir en todo los consejos de Albertini.

BALD. (*arrodillándose.*) Gracias, Winidilda, gracias, ahora oidme; todo cuanto existe dentro de este castillo os pertenece, es un verdadero mundo el que pongo á vuestra disposicion. Y si pensais en algo que no exista en él decidlo una sola vez, y yo mismo yo iré á buscaroslo. Oidme: todo cuanto habeis visto que he maquinado contra el emperador y contra el conde de Barcelona, son otras tantas pruebas de amor que os ha dado el conde de Flandes. Nosotros, guerreros de corazon de hierro, amamos de esta manera.—Vamos, miradme noa sola vez con amor; volved á mi vuestra negra pupila velada todavia por la

tristeza, y vereis como al encontrarse con la mia este velo desaparece, vuelve á adquirir su antiguo fuego. Winidilda....

WINID. ¡Oh! dejadme!

BALD. ¿Dejaros?—¿á vos que sois mi único bien?—nunca; vuestro sitio es al alcance de mi corazon como el de mi espada es al alcance de mi diestra.

WINID. (*á si misma y como para adquirir nueva fuerza.*) Wifredo.

BALD. ¡Wifredo! habeis pronunciado el nombre de Wifredo; no le pronuncies jamás delante de mi, porque de lo contrario, ignorais de cuanto soy capaz. (*arrodillándose.*) No, yo no seré capaz de nada, de nada sino es de llorar. Escuchadme, Winidilda; detrás de esta puerta se pasean unos hombres que creen mi corazon invulnerable; está este Albertini persuadido de que yo no creo ni en el amor ni en nada. Todos se engañan, y todos se reirian de mi si me vieran en semejante actitud. Pues bien ¿quereis verles reir? Yo mismo les llamaré á este sitio y á su presencia permaneceré de rodillas delante de vos.

WINID. No, no, no llameis á nadie.

BALD. Tienes razon, para los secretos del corazon la soledad tiene mas dulzura... Ah! tú me haces feliz adorada vírgen; por tí llegaria á creer hasta en lo que llamais remordimientos.

WINID. ¡Remordimientos! (*hablando consigo misma.*) ¿Seria posible que este hombre me evitára un crimen.

BALD. ¡Un crimen! ¿de qué crimen hablais?

WINID. De ninguno; pero decidme, conde; si Wifredo viviera, ¿no es cierto que le dejariais vivir?

BALD. ¿Qué significa....

WINID. ¿No es cierto que no tendriais reparo en confiarme esta llave que pende de vuestro cuello?

BALD. (*riendo con ferocidad.*) ¡Ah, ah, ah! ¡esta llave! ¿con que vos sabeis lo que se abre con esta llave?

WINID. (*cayendo de rodillas.*) No, no.

BALD. (*cojiéndola por el hombro.*) ¡Oh! sí, lo sabeis; y si en el instante no me descubris quien os ha informado del uso á que está destinada esta llave, os entrego á mis guardias que se pasean por la inmediata galeria. ¡Remordi-

miento!.... Ah, ah, ah! ¿Con que vos fiábais en los remordimientos para hundirme en el ridículo?... Ah, ah, ah! ¡Remordimientos! puedo decirlos con toda verdad que es cosa que nunca he conocido.

WINID. (*ap.*) Él mismo se condena.

BALD. ¿Con que rehusais decirme el nombre de aquel que os ha hablado de esta llave?

WINID. Jamás!

BALD. Entonces voy á llamar á mis guardias.

WINID. Ah! no, no. Venid, venid (*teniéndole los brazos.*)

BALD. Lo que es por esta vez ya eres mía.

WINID. ¡Nunca, y Dios te juzgará! (*hiere á Balduino.*)

BALD. ¡Me ha asesinado! á mi soldados, á mí. (*cae junto á la puerta.*) Oh! yo muero!

WINID. (*Juntando la accion á la palabra.*) La llave, la lámpara, la puerta secreta. (*abre la puerta secreta y al ir á entrar dice:*) Wifredo, ya estas salvado.

ESCENA IV.

Albertini.

ALB. (*Entrecabre la puerta del fondo y se adelanta hácia el cadáver de Balduino. Lleva una cajita debajo del brazo.*) ¡Ha descargado el golpe!... Le ha herido ya!... Bien, muy bien... Y bien señor, ¿cómo no me dais ahora vuestras órdenes?... ¡No respira!... Hé aquí lo que le ha valido su fuerza: un italiano y el brazo de una mujer han acabado con esa ecsitencia orgullosa!... Dejémosle que duerma. En cuanto á mí, tranquilo puedo retirarme á vivir bajo el puro cielo de mi patria; tengo oro en abundancia, tengo muchas riquezas, estoy vengado; ¿qué me falta pues?... Nada. Pero, sí, una cosa me falta; la cinta del borceguí del conde; al cabo y al fin es un recuerdo como otro cualquiera.... (*corta la cinta con el puñal.*) Oigo ruido: será Winidilda que sube del subterráneo.—¡Qué prodigio! ¡una fuerza tan débil como la de una mujer salir victoriosa de otro brazo tan robusto!.... ¡Es un prodigio!—lo repito, un prodigio que casi acabará por hacerme creer en la virtud. (*vase por el fondo.*)



ESCENA V.

Wifredo, Winidilda. (los aventureros catalanes.)

WINID. (*Vuelve á aparecer con la lámpara en la mano y guiando á Wifredo pálido, descompuestos los cabellos y los vestidos sucios.*) Ven, no temas, Wifredo. Te repito que no hay ya peligro alguno y que estás á salvo.

WIF. Oh! eres tú, querida Winidilda? ¿eres tú á quien tengo la dicha de ver segunda vez, y de encontrarte cuando te creia pérdida para mí?

WINID. Sí, tú Winidilda, tu protectora que ha roto tus cadenas, y te ha puesto á salvo.

WIF. ¡Libre! ¡y libre por tí!... Pero donde estoy?... Qué es esto?... Un cadáver!... el cadáver de Balduino!

WINID. ¡El cadáver del traidor!

WIF. ¿Quién le ha muerto?

WINID. Yo!

WIF. ¡Dios mio! Grandes son los destinos que debéis tener reservados para mí y para mi querida ciudad de Barcelona, cuando habeis dado á este ángel, á esta débil mujer el valor de una Judith.... Venga esta espada! Es mía! ¡Noble espada! no te apartarás de mi lado hasta habernos inmortalizado los dos en el campo de las glorias: y cuando yo duerma en el silencio de la tumba, si los catalanes se viesen un día precisados á deseovainarla, la encontrarán digna de su porvenir.—Pero escucha, Winidilda, una palabra no mas: deja que de rodillas le dé gracias por mi libertad, deja que contemple en tus ojos el rayo inspirador que el cielo ha impreso en la frente de las mujeres, para que el hombre sea grande por ellas como ellas son fuertes por él.

WINID. Wifredo mio! ¿Por qué me das gracias de que haya trabajado para mi felicidad? ¿Acaso no consiste el amor en el mútuo cariño de aquellos que sienten arder á un tiempo su pura llama? ¿Acaso, dime, no lo hubieras tu arrostrado todo para venir en mi socorro, como yo lo he arrostrado todo para volar al socorro de mi esposo?

WIF. ¡Lo ha arrostrado todo!... ¡Ha herido á este hombre! Yo que acusaba al emperador sin acordarme de Balduino....

WINID. Olvida este hombre, Wifredo mio, y

borra la injuria que ha hecho al emperador volando en su auxilio. Ven, huyamos; no permanezcamos por mas tiempo en este sitio. ¡Dios mio! Ahora que recuerdo.... Esta escalera conduce al gabinete del conde, y la puerta de este gabinete sale á la galeria de armas, cuajada de bandidos á su sueldo. Wifredo, todos mis esfuerzos han sido inútiles; no podemos salir de aqui; nos matarán estos monstruos.

WIF. No temas, Winidilda; yo te protegeré.

WIMB. ¿Qué puede una espada contra mil puñales?

WIF. ¡Todo, cuando la espada viene del cielo.

WIMB. No, no, yo tiemblo; la fuga es demasiado peligrosa para que yo me atreva á intentarla contigo. Deja que suba yo sola, deja que sola aguarde á estos hombres, y si descargan en mí su furia, el grito que el dolor me arranque, te advertirá el peligro y no subirás... ¿No es cierto que no subirás? ¡Oh! ¡loca de mí! Creía libertarle de una espantosa muerte y le conduzco á una muerte mas espantosa aun!

WIF. Pero, calla; ahora me acuerdo que los guardias mas fieles del conde serán sin duda los aventureros catalanes que hizo venir en otro tiempo cuando nosotros éramos todavía niños; Winidilda, yo soy su conde.

WIMB. Pero Balduino es su señor, y paga sus servicios con oro en abundancia....

WIF. Por grande que sea el poder del oro, nunca sin embargo basta á pagar el patriotis-

mo del pueblo catalán... Soldados! á mí! (*Salen en tropel los aventureros catalanes.*) Catalanes: el corazon que os ha dado el cielo, no lo habeis recibido para venderlo á los estrangeros sino para consagrarlo á vuestra patria: Pues bien sabed que yo soy Wifredo de Barcelona, yo soy vuestro conde, y el que os tenia á sueldo, acaba de morir á manos de una débil mujer.

Todos. ¡El conde! ¡muerto!

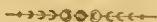
WIF. Si, ha muerto ya. Y ahora, libre de este traidor, voy á conquistar la gloria para la noble ciudad de Barcelona, donde habeis recibido vuestro ser. Decid, ¿Estais prontos á seguirme al campo de batalla?... ¡Oh! ya en vuestras miradas, en vuestras fisonomias estoy notando el pesar que os causa haber servido tanto tiempo á un criminal. No importa; volemos al campo de la gloria, y el rubor que os causa vuestra pasada conducta, ahogadlo en el entusiasmo que hervirá en vuestros corazones, que dará fuerza á vuestros brazos al derramar la sangre por la patria.—¿Estais prontos á ofrecérsela?

Todos. Si, si.

WIF. Vámonos pues; y sean cuales fueren los obstáculos que se opongan ahora á nuestra fuga, Winidilda, estoy seguro de vencerlos y salvarlos todos gritando: ¡Cataluña!

Todos. ¡Viva Cataluña!

(*Wifredo sale precipitadamente espada en mano, abrazando á Winidilda, y seguido de todos los catalanes.*)



ACTO QUINTO.

El escudo con armas.

La tienda de campaña del emperador, sencillamente adornada, y formada con alfombras de lana y pieles de fieras.

En el pavimento armas y mil diferentes cosas: vasos, plumas, cajitas de boj barnizado... El fondo de la tienda se abre dejando ver el campo imperial.... Un crucifijo de oro sobre un aporador de tosea madera.

ESCENA PRIMERA.

El Emperador (solo, armado para la batalla, escucha pensativo los preparativos de la lucha, que se están haciendo en el campo.)

Dentro de una hora, ¡Dios mio! que será de estos guereros, cuyo confuso ruido llega hasta

mi?... ¿serán todos vivos aun? ¿quedará uno solo para consolarme y calmar la agitacion de mi pecho?... ¿habré sido vendido.... seré vencedor?... Oh! ilustre Carlomagno, vos llorasteis cuando desde las ventanas de vuestro palacio visteis acercarse audazmente en numerosos

buques á esos viles, contra quienes voy á combatir; llorasteis sobre el porvenir de vuestro imperio, y previsteis que vuestros hijos no heredarían el genio que os hizo conquistar el mundo entero... Ah! el imperio levantado por vos vá á fraccionarse, y el cetro se escapará de nuestras manos: la voluntad divina es mas fuerte que el genio de los hombres, y cuando este llega á someter el mundo entero, es que Dios lo tiene ordenado así en sus inescrutables arcanos... Ser emperador de Occidente, tener á la severa Germania por escabel del trono, á la generosa Galia por hija, á Cataluña por hermana y á la Italia por corona, y tener que humillarse á luchar contra estos hombres desnudos, que á bordo de débiles barcos vienen á poner el pié en nuestra rivera para estenderse en seguida por todo el imperio!.. Hombres desnudos!... salvajes!.. Y ¿qué eran nuestros padres?... Ah! esos hombres son unos adversarios mas nobles que los demás; ellos son quizas los soldados de la Providencia como lo fueron tambien nuestros antepasados... Seré vencido... Si, seré vencido porque soy solo... Todos esos gefes que me obedecen, lo hacen á pesar suyo; los lugartenientes de un imperio no son ya sus defensores, cuando su gefe los ha colmado de beneficios; quieren divertirse; y se rien de que á la hora de sus festines los invasores llamen á la puerta; creen que tendrán tiempo de morir en la embriaguez, antes que los enemigos hayan entrado!—Balduino no viene!... Para poder disponer de una nueva fuerza; para granjearme un nuevo protector y sosten del imperio, yo habia preparado á Wifredo un glorioso porvenir; le habia prometido la mano de mi hija, mas ¡ay! uno y otro han muerto ya!.. Cuando Dios retira su mano protectora, dejando al imperio que con fuerzas propias se sostenga, es inútil encarar su defensa á hombres nuevos; es que Dios tiene entonces decretado el desmembramiento de dicho imperio; y las columnas que sostienen este edilicio, se desploman antes que hayan podido consolidarse.... ¡Ah! Wifredo, mi noble caballero! Winidilda, hija mia querida! Desde esta célica morada en que ahora estais, oidme; rogad á Dios por mí; pero no, no le rogueis que conserve mi vida, suplicadle antes bien que disponga de ella, para que no me vea precisado á vivir en este desconsolador aisla-

miento, entre esos salvajes que vienen en nombre del porvenir, y estos caballeros dermidos en su lujo oriental incapaces de defender el pasado.... Ah! si al menos Wifredo no hubiese muerto!... El imperio de Carlomagno toca al término de su gloriosa ecsistencia!.... Pero, ¿qué es ese ruido?... Sonido de trompetas!... quizá comienza ya la batalla!... Animo!.. soy el legítimo descendiente de un genio celoso; si debo pues ser vencido, sucumba como emperador... ¡A mi, Germania!.. ¡A mi, valientes hijos de los francos!.. Quizas pueda todavia galvanizarse el imperio!..

ESCENA II.

El emperador, un sinnúmero de guerreros entre los cuales se distinguen Othon, Brutald, Ludwig, Alemany, y Beranger.)

EMP. Othon, ¿qué hora tenemos?

OTH. Noble emperador, el sol se levanta ya en el horizonte.

EMP. ¿Qué hace el enemigo?

OTH. Desde que ha amanecido, van saliendo en tumulto de sus tiendas, levantando mil gritos de guerra, y á no tardar nos veremos atacados.

EMP. Atacarnos!—atacar al imperio! ¿Cómo es esto?... Descendientes de los soldados de Carlomagno, ¿no apresurareis la hora en que una victoria ha de coronar vuestras esperanzas?—¿No contestais?—Ludwig, dime; ¿es-lás tu tambien en que no debemos atacar á esos bárbaros?

LUD. Noble emperador, inútil me parece medir vuestras espadas con las armas de esos salvajes. Dejémosles que lidien enhorabuena contra las murallas de nuestros castillos, no temais que puedan derribarlas, y detrás de ellas nos reiremos de la demencia de nuestros enemigos sin esponernos á la muerte.

ALGUNOS. Sí, sí.

EMP. Silencio! Ningun derecho teneis á profesar ese desden contra tales enemigos. Vuestros padres, oidlo bien, nuestros mismos padres eran salvajes, y andaban desnudos como estos; vinieron tambien embarcados en débiles buques á atacar el imperio que ocupamos ahora, y desde lo alto de sus montañas se deslizaban en sus broqueles cubiertos de pieles. Los romanos escondidos tras sus murallas reianse de sus ene-

migos salvajes, pero al dia siguiente vuestros padres hicieron que esta risa se cambiase en el estertor de la agonía. Si entre vosotros hay algunos que quieran aguardar el momento de nuestra confusion y derrota, escondidos detrás de las murallas, retrense enhorabuena: yo á fuer de emperador, quiero defender el imperio fundado por Carlo-magno: y prefiero morir en un campo de batalla entre el ruido de las armas y el clamoreo de los combatientes, que en un salon donde resuenen los brindis de un festin y el bullicio de una orgía.

Todos. Nosotros tambien.... ¡ Viva el Emperador.

EMR. A las armas pues! Desplegad el valor y la enerjia que abriga vuestro corazon; que renazca en vosotros el valor de vuestros antepasados; y haced frente y arrollad á esos bárbaros que vienen á conquistar lo que aquellos ganaron para vosotros! ¡Espada en mano!

Todos. (*desenvainando las espadas.*) ¡ Viva el emperador!

EMR. Por la memoria de Carlo-magno, por este crucifijo, juradme portaros valientes como vuestros antepasados!

Todos. (*Estendiendo sus espadas hácia el crucifijo.*) Lo juramos, lo juramos!

EMR. ¡ Que triunfen ahora, si tal és la voluntad de Dios, los bárbaros del norte! Pero antes que ellos conquisten un palmo de terreno, será preciso que caigamos todos cadáveres en tierra, lleno de sangre nuestro cuerpo, destrozado nuestro corazon.... Othon, forma el centro con tus guerreros germanos; Brutoald, á la derecha con tus francos. Alemany, á la izquierda con tus catalanes, que para protegerlos, Wifredo se alzará de su tumba. Luduwig al frente conmigo: y es preciso que no escatimes tu sangre ni tu valor en desquite de las audaces espresiones que no ha mucho soltaste en mi presencia.—Salgan á campo libre las banderas desplegadas; den las trompetas la señal de batalla, y combatamos todos como bravos... Proteja Dios al imperio de Carlo-magno! Francos, catalanes, germanos, á ellos, á los bárbaros del Norte!

(*Vase el emperador espada en mano y seguido de los guerreros. Oyese el sonido de las trompetas, entre los gritos de viva! y el bullicio... Poco á po-*

co viene á quedar la escena enteramente despejada.)

ESCENA III.

Winililda.

(*Vestida con un oscuro traje de peregrina; caida y flotante la cabellera, pálida como un cadáver avanza en medio de las tiendas dirigiéndose hácia la del emperador, en la cual entra despues de mirar á lo léjos.*)

Gracias, Dios mio, gracias por habernos dejado llegar á tiempo. Atravesando bosques, salvando montañas, vadeando rios, llegamos en la hora precisa de dar comienzo á la batalla... Al entrar en el campo, una voz del cielo ha inspirado á Wifredo, para que corriésemos á rennirnos con los héroes de la batalla: penetra en ese campo, me ha dicho; recorre todas las tiendas hasta que encuentres una que esté abierta; entra en ella... Esta tienda es la del emperador; aguardanos allí rogando por el feliz éscito de nuestras armas... Wifredo! padre mio!... Allá, allá están entre mil espadas que se levantan y caen esponiéndose á sucumbir entre los cascos de furiosos corceles.... ¡ Ah! biélase la sangre de mis venas, soy tímida, soy débil, soy mujer.... Pero el cielo les asiste; están seguros de la victoria, y no perecerán.... Ah! roguemos sin embargo, para que esta proteccion divina les salve á ellos de todo peligró, y á mi de una muerte que seria consiguiente. (*dirijese hácia el crucifijo.*) Imagen del Dios de Gólgota! ahí me teneis rendida á vuestras plantas, rogándoos fervorosamente por mi padre, por Wifredo, por todos esos hombres que se están combatiendo, por todas las victimas necesarias para la ejecucion de vuestras miras providenciales. Ruégooos tambien por Barcelona, por la ínclita capital de Cataluña, que ansiosa aguarda ver impresas én su escudo unas armas gloriosas.

Dios mio! Dios de las batallas y que disponeis de las victorias; concededla ahora en favor de los que combaten protegidos por san Jorge, ¡ haced que el emperador triunfe, que Wifredo sea el brazo protector y el instrumento de nuestros designios... ¡ Gran Dios!... ¡ Qué gritos!... ¿ qué será?... ¡ oh! ya se acercan victoriosos y alegres; el emperador ha vencido;

vuelve ya; héle aquí descollando entre la multitud... ¡Ah! me retiraré para que no me vea todavía! El verme aquí repentinamente cuando me cuenta ya en la tumba, pudiera ocasionarle la muerte tras la alegría que ha de proporcionarle una victoria tan impensada como importante. (*Váse hácia el fondo de la tienda, y ocúltase tras algunas tapicerías de lana, de modo que no puedan verla.*)

ESCENA IV.

El emperador, Guerreros. Winidilda.

(*Los guerreros se presentan con las espadas desnudas; llevan también desmelenado el cabello y sucios los vestidos: el emperador empuña con su diestra la bandera imperial.*)

EMP. Vencimos! (*arrodillase ante el crucifijo y lo mismo hacen los demás.*) A vos, Dios mío, damos las gracias ante todo. Mañana haré levantar vuestra imagen ante el campo de batalla; y ante el ejército entero se celebrará el santo sacrificio.... Quédense aquí esta bandera en gloriosa memoria. (*Todos se levantan.*) Valientes defensores del imperio, acojed las sinceras expresiones de gratitud que os rindo, y los plácemes que tributo á vuestro valor heroico. Othon, Brutoald, mil gracias á todos en nombre del imperio. Gracias también á tí, Luduwig; las injuriosas palabras que proferiste esta mañana no las recordará la historia, tu denodado valor me ha hecho conocer que en tu corazón no halla eco la cobardía. Y mil gracias mas que á todos á ese guerrero que ha conducido á los catalanes al punto mas encarnizado de la lucha, y que con su valor y entusiasmo ha reanimado la agotada intrepidez de los germanos. Pero en dónde está? Buscadle inmediatamente; quiero distinguirle entre todos ya que entre todos se ha distinguido también. Alemany, tu conocerás sin duda á este guerrero.

ALM. Noble emperador, no sé que novedad está pasando por mí, pero ello es que desde que se comenzó la batalla, se me figura que ó estoy soñando, ó acaba de realizarse un milagro. No he podido observar la fisonomía de ese guerrero de quien me habláis; su celada le ocultaba el rostro, pero creo haberle reconocido en su destreza, en su habilidad, y en el brío con que le apretaba los acicates á su cor-

cel y le hacia correr. Sí, le he reconocido; ese guerrero no es un hombre cualquiera; es mas, es una sombra, la sombra de Wifredo conde de Barcelona.

EMP. Wifredo! imposible!... oh! ¡qué lúgubre recuerdo ha venido á turbar la alegría que experimentaba mi corazón!

BERAN. Tienes razón, Alemany, y lo he reconocido también, este guerrero á quien debemos la victoria, no es otro que nuestro conde!

EMP. ¡Qué misterio!

ALEM. Además, noble emperador, otra sombra Augusta acompañaba á la de Wifredo en esta batalla; otra sombra que luchaba también, montado en un soberbio caballo, cuyas narices arrojaban fuego. En los momentos decisivos de nuestra lucha, he visto á los dos volar á la cabeza de nuestras tropas; un grupo de bárbaros los ha rodeado al momento, y me parece ver todavía como uno de estos ha atravesado con su espada el pecho de Wifredo; pero la otra sombra le ha envuelto enseguida en su manto encarnado, y desapareciendo instantáneamente, no he visto en pos de ellos sino la victoria que nos han hecho reportar.

WINID. (*arrojándose precipitadamente hácia el emperador.*) Wifredo, Wifredo herido!

EMP. (*Cayendo en su silla desmayado.*) Winidilda!

WINID. Si, Winidilda, Winidilda que os suplica mandeis en seguida socorrer á un amante herido por causa vuestra.... Pero, ¿qué es esto?... ¿no contestáis?... Cielos!.. El emperador!... Señores, acercaos, vedle, no habla, permanece muerto!... (*Todos acuden en torno del emperador cuyas manos toma Winidilda regándolas con sus lágrimas. Terror general.*)

ALEM. Beranger, todo lo que esta pasando es sumamente misterioso.... Yo he visto morir á esta jóven en Aix-la-Chapelle, el día mismo de la muerte de nuestro conde.

BERAN. Lo mismo te digo; y no sé ciertamente pensar.

WINID. Ah! volved en vos, noble emperador; no es una sombra, es vuestra Winidilda quien os habla, es Wifredo, Wifredo vivo y valiente siempre quien ha combatido por vos y el que quizás en este momento derrama su última gota de sangre cesalando su poster aliato!

EMP. Winidilda !. Wifredol.. Es esto un sueño por ventura ? pero no , no lo és , estoy tocando tus cabellos , hija mia : no puedo dudarlo.... Ahora sí que no dudo de que Wifredo viva... Alemany , apresúrate , corre , corred todos , y no perdoneis á uno solo de nuestros dispersados enemigos , si es que hayan causado la muerte de mi hijo adoptivo resucitado para derrotarlos ! (*Vase Alemany seguido de varios otros.*) Winidilda , ¿ cómo es posible que estés aquí cuando he rogado muchas veces al pié de tu tumba y de la de Wifredo ?

WINID. Es que esa tumba estaba vacía : Balduino os habrá ocultado este secreto.

EMP. ¿ Balduino ?

WINID. Si , si , Balduino , ese vil , ese traidor...

EMP. Oh ! cállate ; no digas mas : entiendo completamente ese enigma.... La ausencia de Balduino , vuestra muerte súbita , cuando yo acababa de dejaros á solas con él... ¡ oh ! todo , todo me lo esplico ahora . Pero , dime , ¿ y quien os ha salvado ?

WINID. Dios y S. Jorge... El uno ha guiado mi brazo ; el otro nos ha conducido aquí.

ALEM. (*Volviendo á toda prisa.*) Noble emperador ; ese guerrero que ha combatido por nosotros , es Wifredo , el mismo conde Wifredo.

EMP. (*abrazando a Winidilda con su brazo izquierdo.*) ¡ Ah ! corramos todos , corramos.

ALEM. Deteneos , noble emperador ; ahí viene él mismo , llevado sobre los escudos de los guerreros catalanes que le han reconocido , y le han sacado del campo de batalla : solo tengo el sentimiento de deciros que está herido en el pecho.

WINID. Dios mio !

EMP. Venga pronto mi médico , mi médico judío , y cuide del herido como si fuese yo mismo . (*En este momento aparece Wifredo con toda su armadura menos el casco : su pecho está teñido en sangre. — Conduciendo algunos soldados catalanes. De su brazo izquierdo pende el escudo sin armas. Está pálido pero radiante de alegría.*)

ESCENA V.

Dichos , Wifredo.

WINID. y el EMP. (*corriendo hácia él.*) Wifredo !

WIF. Querida Winidilda ! ¡ noble empera-

dor ! — ¡ oh ! soy dichoso en vuestra compañía ; no temais , mi herida no es de importancia y viviré aun.

EMP. Sí , sí , tu vivirás , noble amigo ; noble hijo... Pero dime , ¿ quién era ese otro guerrero que te acompañaba , y á quien no menos que á tí , somos deudores de la victoria ?

WIF. Ese guerrero está en el cielo ; era san Jorge que descendió de las moradas celestes para ayudar á los catalanes.

EMP. Ya lo veis ; no es tras de las murallas donde debemos aguardar á los bárbaros ; es preciso que les salgamos al encuentro , y los mismos santos nos mostrarán el camino.... Wifredo , te habia prometido la mano de mi hija , si en la guerra cumplias con tu deber : por consiguiente Winidilda es tuya ; Winidilda te pertenece . Y si tus deseos no están completamente satisfechos , si en algo mas puedo complacerte , habla ; estoy en disposicion de no negarte cosa alguna.

WIF. Pues si , noble emperador , todavía tengo una gracia que pidiros.

EMP. Cuál , di ?

WIF. Bien sabeis que mi querida ciudad de Barcelona no cuenta todavía con armas algunas , con las cuales ocupar el campo de su escudo . Pues bien , en recompensa de los sacrificios que he hecho por vos , y de la sangre que por vuestra causa he vertido , os suplico concedais esas armas á mi patria ; armas gloriosas que le recuerden eternamente como se consigue y se consagra la gloria.

EMP. Bien , hijo mio , bien ! Cúmplase tu voluntad . Con tu propia sangre deben ser dibujadas las armas de Barcelona . Venga tu escudo ; abre ahora tu pecho . Pues mira , con mis cuatro dedos tintos en esa sangre tuya gloriosamente vertida , dejo trazadas cuatro barras . Sean ellas las armas de tu ciudad y la memoria de tu valor : las ciudades bautizadas con la sangre de un héroe , deben ser inmortales como su nombre.

WIF. Oh ! gracias , mi noble emperador , gracias Winidilda ; Wifredo ha triunfado por vosotros : todos mis votos quedan finalmente cumplidos.

EMP. Descansa , Wifredo , descansa . (*sale el medico judío.*) Tu herida eesije tranquilidad y sosiego . Ahí está mi médico , que cuidará de ti

como si fueses el mismo emperador... Y vosotros germanos y francos, lombardos y catalanes, guerreros todos, tomad á ese héroe por modelo: no hay que desconfiar del porvenir, cuando sobre la tierra ecsisten hombres que derraman con gusto su sangre por las buenas

cosas, y con ella forman la gloria y el mejor florón de la corona de su patria.

Todos. Viva el emperador.

EMP. (*arrodillandose.*) Gloria y honor á Dios.

(*Todos caen de rodillas; Winidilda abraza á Wifredo interin el médico ecsamina la herida*)

FIN DEL DRAMA.



Este drama es propiedad del editor de las JOYAS DEL TEATRO, quien perseguirá ante la ley al que lo reimprima ó represente sin su permiso en cualesquiera teatros del reino, sociedades, liceos, etc., con arreglo á lo prevenido en las reales órdenes vigentes.

BARCELONA.

Imprenta Hispana de V. Castaños, calle del Conde del Asalto, núm. 26.

1853.

